



# gilberto prado galán: exhumación de su imagen

---

jaime Muñoz vargas





jaime muñoz vargas

gilberto prado galán:  
exhumación de su imagen



*Gilberto Prado Galán:*  
*exhumación de su imagen*  
©Jaime Muñoz Vargas

PRIMERA EDICIÓN  
Torreón, Coahuila  
Diciembre de 2022  
PRIMERA EDICIÓN DIGITAL  
Agosto de 2026

IBERIA EDITORIAL  
rutanortelaguna@yahoo.com.mx

FOTO DEL AUTOR  
Ivana Muñoz Chapa

ISBN: 978-607-69789-6-2

Hecho en México

A *SoFía LETICIA*  
y *VERÓNICA ELOÍSA*,  
*sus dos mejores poemas*



*Cuando el hombre organiza la palabra  
se olvida de que sus latidos  
podrán cifrarse en número finito.*

**“POEMA DEL RIESGO” / GPG**



## PRESENTACIÓN

### Exhumación de su imagen

Casi cuarenta años, 39 para ser exacto, orbité en el círculo amistoso de Gilberto Prado Galán (Torreón, Coahuila, 20 de septiembre de 1960-Ciudad de México, 21 de octubre de 2022). Hombre de querencia fácil, lo más opuesto a un misántropo que puedo imaginar, Gilberto tenía muchísimos amigos y aún más conocidos. Pese a esto, sé que ocupé en su vida de cuate y de colega escritor un sitio distinguido, tanto que a mi parecer, y perdón por la vanidad, fue y será él uno de mis cinco o seis mejores amigos. Su partida reciente, por ello, me golpeó como una turbulencia que no dejará de cimbrarme, casi como si con él se hubiera ido un pedazo fundamental de mi propia existencia. “Un amigo es uno mismo en otro pellejo”, dijo Yupanqui que dijo un hombre de campo al que alguna vez oyó de pasada, y siento que en el caso de Gilberto eso era para mí, sin duda: uno mismo en otro pellejo.

La noticia de su pérdida me llegó en un momento de tremenda agitación personal. Una semana después del 21 de octubre de 2022 emprendí un viaje en pareja largamente preparado. Luego, al regreso, me esperaban otros dos viajes más cortos y el cierre laboral del año en la universidad. Salvo dos entregas de mi columna periodística —los dos últimos textos que aparecen en este libro— escritas al calor de la tristeza, nada más pude hacer para sumarme a las numerosas muestras de cariño y respeto que lo despidieron. Durante todos los recorridos y en medio de las responsabilidades de trabajo, sin embargo, pensé obsesivamente en

la necesidad de preparar algo, alguna ofrenda de palabras para mi amigo Gil, y pronto di con la posibilidad hoy materializada en este modesto homenaje de papel y tipografía.

Desde que comenzó nuestra amistad hice ver a Gilberto, tácitamente, que el vínculo que nos unía era el afecto, es verdad, pero que esto resultaba insuficiente si no se le sumaban gestos propios de la amistad literaria. Así, traté de evidenciar en toda ocasión que divulgar su obra escrita era un imperativo de mi trabajo. Si parte de mis dinámicas laborales radica, desde 1984, en la difusión de la literatura y de todo aquello que percibo artísticamente valioso o meritório, no podía ser ajeno a la obligación de expresar, por escrito y por cualquier medio, que en Gilberto teníamos a uno de nuestros mejores escritores, quizá al mejor, al más dotado para el ejercicio literario.

Así, no fueron pocas las oportunidades que tuve para ologiar su talento en una clase, en una conferencia, en una simple conversación de sobremesa. Lamentablemente, *verba volant*, la palabra puesta en el aire se desvanece y de ella sólo queda, si acaso, una vibración perdida en el cosmos e imposible de recuperar. La escritura, al contrario, tiene la capacidad de permanecer y permitir su restablecimiento. Gracias a la supervivencia de lo que he escrito sobre Gilberto puedo ofrecer hoy estas páginas, racimo de 17 textos que cubre un arco de 25 años. Apenas debo señalar que, dadas las circunstancias que les dieron origen, estos párrafos son bocetos, puntos de partida para más y mejores acercamientos a la obra de nuestro llorado poeta y ensayista.

Son la mayoría, como se verá, comentarios escritos para presentar libros de mi amigo, quien con frecuencia me pedía ese favor, un favor que asumí siempre como lujo. El más antiguo data de 1998, pero sé que hay textos anteriores a esa

fecha de los cuales no conservo nada, salvo el tenue recuerdo de su hechura. Al releer lo que aquí traigo —y guardaba en viejas carpetas digitales— sólo hice mínimos retoques, nada que alterara sustancialmente la apresurada opinión original. Así reunidas, ciertas afirmaciones pueden parecer reiterativas, pero es lógico que esto ocurra si pensamos que todas ellas conciernen al mismo escritor volcado casi el mismo género. Luego entonces, es necesario tener en consideración que en su momento fueron escritas sin presentir que alguna vez cohabitarían en un mismo recipiente, éste.

Para mi libro *Solazos y resolanas* (2015) solicité al propio Gilberto una semblanza. La traigo aquí con dos o tres ítems añadidos; es, *grosso modo*, el trabajo profesional y literario que acumuló hasta 2022:

Gilberto Prado Galán (Torreón, 20 de septiembre de 1960-Ciudad de México, 21 de octubre de 2022). Psicólogo egresado del Instituto Superior de Ciencia y Tecnología, A.C., de Gómez Palacio, Durango, y master of arts por la New Mexico State University, ha fungido como director de la estación cultural Radio Torreón, director del Departamento de Difusión Cultural de la Universidad Autónoma de Coahuila, profesor de español en la New México State University. Ha publicado ensayos, artículos, poemas y reseñas en diversas revistas nacionales e internacionales. Obtuvo los premios internacionales Malcolm Lowry, Garcilaso Inca de la Vega Lya Kostakowsky (cuyo jurado estuvo integrado por Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes y Eduardo Galeano) y el premio nacional de crítica de arte Luis Cardoza y Aragón. Autor de más de 9000 palíndromos, fue invitado como miembro de honor al Club Internacional de Palíndromistas, con sede en Barcelona. En México y España ha publicado más de veinte libros entre los que destacan Ex-

*humación de la imagen, Las máscaras de la serpiente, Huellas de Salamandra, Esplendor del canto, Vindicación de Incurable, Luis Cardoza y Aragón: las ramas de su árbol, El misterio y su lámpara, Minas y teodolitos, El año de Borges, Fragmentos del asombro, Dialéctica del caos, El libro de las preguntas: la posteridad insomne de Pablo Neruda, El canto de la ceniza, Dolor de ser isla, Sobre héroes y hazañas, Efímero lloré mi fe, A la gorda, drógala, Los ojos de la Medusa, Libro del mapa humano, Para leer El Aleph y Ella era el jardín.* Fue Coordinador de Difusión Cultural de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México. En México ha colaborado en *Algarabía, Brecha, El Huevo, El Imparcial, El Puente, Acequias, El Siglo de Torreón, Excélsior, Historia de América, La Crónica Cultural, La Gaceta del FCE, Los empeños (UNAM), Nexos, Periódico de Poesía, Plural, Sábado y Milenio Laguna*, entre otras muchas publicaciones periodísticas. Asimismo, ha publicado ensayos, artículos, poemas y reseñas en las revistas internacionales *Ínsula, Poesía, Barcarola, La bolsa de pipas, Revista de libros, Serta, Nueva revista, Blanco y negro* del diario español ABC, *Cuadernos de la huerta de San Vicente, Umbral y Anales* de la Universidad Complutense de Madrid. Fue becario del Fonca y miembro del SNCA. Fue esposo de Leticia Santos Campa, y padre de Sofía Leticia y Verónica Eloísa.

No quiero salir de esta presentación sin declarar que fue un privilegio ser amigo de Gilberto, un privilegio expandido en cuatro venturosas décadas. Su amistad, su obra y la densa exuberancia de sus saberes, compartidos sin freno con pasión y desenfado, son regalos que mi memoria guardará con transparente, con indestructible cariño, admiración y gratitud.

COMARCA LAGUNERA, 10, DICIEMBRE Y 2022

## ***El misterio y su lámpara:* glosa al viaje poético del búho**

Días antes de iniciar su experiencia en Las Cruces, Nuevo México, Gilberto Prado Galán dejó a los laguneros *El misterio y su lámpara*, ensayo que glosa los esfuerzos poéticos de Enrique González Martínez. Como saludo inicial, Fernando Martínez Sánchez señala una virtud cardinal del libro que aquí nos entusiasma: “En *El misterio y su lámpara*, Prado Galán confirma su agudeza para iluminar los artefactos poéticos”. Esto es verdad. El examen que emprende el premio Kostakowsky 1993 ratifica, con la fortuna que siempre lo acompaña a la hora de ensayar, la pericia de este autor cuando decide bucear en versos ajenos, como ocurrió en sus anteriores acercamientos a Paz, Huerta, Cardoza y Aragón, Bonifaz Nuño y otros poetas no menos importantes.

*El misterio y su lámpara* es, entonces, una confirmación de la índole inquisitiva que Prado Galán ha desplegado desde 1984 a la fecha. En este caso, la obra lleva implícito un *plus* tan importante como necesario: sirve de homenaje a un autor que merece una vitrina más amplia en el museo de la literatura mexicana, homenaje que el Seminario de Cultura Mexicana, por medio de Gilberto Prado, le ofrece a quien fuera, en 1942, el primer presidente de esa institución.

---

Texto leído en la presentación de *El misterio y su lámpara* (Seminario de Cultura Mexicana-Instituto Municipal de Cultura, Torreón, 1998, 132 pp.) celebrada en el Archivo Municipal de Torreón el 26 de noviembre del 98. Además de Gilberto Prado Galán y el autor de esta nota, participó Gerardo García Muñoz.

Puesto que la andanza lírica de González Martínez —es decir, su inherente complejidad conceptual— determina una aproximación igualmente despierta, *El misterio y su lámpara* es un ensayo exigente, un texto que devela el microcosmos creativo de un autor cuya almendra no se da fácilmente a lector convencional.

La obra de Prado Galán (Torreón, Coahuila, 20 de septiembre de 1960) integra cinco trancos y una nota biográfica sobre González Martínez. En el esbozo curricular, aparte de los datos que explican las tareas literarias y diplomáticas de González Martínez, se nos acerca el filamento que iluminará todo el recorrido: “Este libro es una aproximación a la luz y a la oscuridad de un misterio poético: el del hombre del búho, Enrique González Martínez”. Empeñado en este cometido, el autor de *Huellas de Salamandra* inicia su recorrido con el segmento “La razón del viaje”, donde se criba una de las imágenes regentes de la poesía trabajada por *El señor del búho*:

Si la vida es viaje —dice Gilberto Prado—, como testimonian los versos de González Martínez, entonces es necesario preguntar por la razón del recorrido, por el motivo principal que anima al autor en busca de un sitio, de una estación o de un conjetural término.

El crítico descubre la presencia del viaje como metáfora de la vida en todo el mapa versal de quien es considerado enterrador del Modernismo: “El tema del viaje aparece, con diferentes intenciones, en todos los libros poéticos de González Martínez”. Pero cuando se dice *viaje*, nos advierte Prado Galán, no debemos pensar en el turismo existencial, en esa navegación regalada y ayuna de preguntas que sue-

len gastar los poetas de aguachirle; a la inversa, el viaje de González Martínez puede equivaler a la más severa sumersión introspectiva, al buceo de alta profundidad —si se nos permite el oxímoron— en las aguas del alma individual; observa el crítico lagunero:

Y ese “eje de la vida interior” define con puntual precisión la variante introducida en *Los senderos ocultos*: el viaje cambia de centro, de ser metáfora de la vida torna a ser escalada a los abismos del yo (...). Por esta razón es posible considerar a esta obra como el corazón de la poesía de Enrique González Martínez.

La errancia, en este sentido, apunta hacia adentro, hacia el lugar habitado por las preguntas esenciales; ese hundirse en el espíritu, muestra Gilberto Prado, es “la investigación intuitiva de lo que palpita tras la muerte”. El tenaz abatimiento, consecuencia legítima de tal elección lírica, se mitiga un tanto, sin embargo, cuando el poeta acompaña su travesía con dos provisiones básicas:

En esa labor andante el amor y el canto alivian el agobio de la fatiga; la presencia de la mujer y el recurso de la voz, con su aljaba repleta de preguntas, penetran en el corazón del misterio en busca tal vez de signos reveladores que aligeren la pesadumbre de la existencia (...) Sabe que el sentido no se finca en una suficiencia lógica, ni siquiera en los territorios del dogma. Por esa razón las preguntas se multiplican como latidos.

*El misterio y su lámpara* prosigue con el tranco “La sombra del misterio”, donde el autor interroga la médula de la

poesía de González Martínez. Según su crítico, el misterio es la arcilla primordial que trabajó el autor de *Silenter*, y tres son las facetas de esa preocupación mistagógica: “el mundo, el hombre y la trascendencia”. Ya que el misterio alimenta la obstinada indagación acometida por González Martínez, el objetivo de ese rastreo es lograr el hallazgo, así sea pobre, de teas que alumbren la condición *mística* —*mística* en su sentido etimológico— de la existencia humana. Observa Prado Galán:

El precepto es contemplar el yo (la vida), el mundo (las cosas) para descubrir bruñidos perfiles del misterio. La consigna es: en el fondo del enigma refulge la revelación, una revelación singular y asombrosa. El camino, como afirmó Pedro Henríquez Ureña, es hacia adentro. La palabra funge sólo como tímida noticia de lo inexpresable: es ceniza que da cuenta de inefables incendios.

Ese misterio, tan caro a la paciencia de González Martínez, “es connatural a la condición humana, y no es descifrable ni con el advenimiento de la muerte”, como bien descubre el autor de *El misterio y su lámpara* en los poemas “El enigma” y “El secreto”. Pese a dicha certeza —la frustración de toda redada al inasible misterio—, la fatalidad se logra templar mínimamente con el ejercicio verbal elegido por el poeta de Guadalajara, de suerte que, explica el ensayista de Torreón, “La poesía [en EGM] es atisbo de revelación en la misteriosa selva de la humana existencia (...) La palabra es entendida, pues, como vehículo amoroso, como lámpara en el misterio”.

El tercer apartado del libro, “El alma de las cosas”, deambula por otro de los recursos que fortalecieron la

poesía de *El hombre del búho*: el afán de escudriñar el alien-to que despidе todo aquello que, concreto o impalpable, está fuera del hombre. Por medio de “la personificación y la empatía cósmica”, es decir, por medio de la prosopopeya y de la comunión con el mundo material, González Martínez, así lo anota Prado Galán, “consigue que las cosas adquieran dignidad personal, esto es, que se asemejen a los hombres”. Ejemplos acabados de su integración sensible al mundo de los fenómenos los podemos encontrar, agrega el crítico, en poemas como “La palabra del viento” (que es una “propedéutica hacia la práctica de la comunión con lo visible”, según el lagunero), “La comunión secreta” y, sobre todos, “El mensaje incompleto”, auténtico legado gonzalezmartinista en torno al “pulso de su más destacada experiencia”.

Entre todos los objetos —cosas con un apetito que siempre apunta al establecimiento de un símbolo—, al que González Martínez procura con mayor énfasis es, sin disputa, la lámpara y sus congéneres iluminantes; esto lo refiere así Prado Galán: “... la lámpara —como presencia ubicua— no es material ni concreta, sino intangible y abstracta: símbolo del amor y de la palabra como iluminadora del libro escrito por el misterio”.

“El funeral sin muerto” constituye el cuarto piso del volumen. En él, Gilberto Prado reflexiona sobre la presencia de la muerte en el escritor analizado. A propósito de una anécdota que en otros autores podría cifrarse en clave jocosa —una muerte prematura por culpa de la homonimia y luego los responsos dirigidos al vivísimo difunto—, el torreónense anota que tal noticia sirve para que González Martínez reitere comentarios sobre el último de los sucesos que atraviesa todo ser humano. Al respecto, Prado Galán

afirma que en *El hombre del búho* “La muerte debe interpretarse no sólo como punto fijo (...) sino como realidad asumida por el poeta con una suerte de resignación estoica”, y garantiza asimismo que en la obra analizada debe “verse a la muerte como puerto, como sitio a donde el alma llega (...) como punto final de la errancia, como invitación a descubrir la clave del misterio, por otro lado inconquistable...”.

“La gracia del búho”, estancia final de *El misterio y su lámpara*, inquiera la filiación estética de González Martínez, su pertenencia o no pertenecía al movimiento impulsado en América por Rubén Darío. Prado Galán señala que el fustigador del cisne modernista más bien bordeó la periferia de esa escuela, “a veces como culminación o corona, otras como prelude de la decadencia, mas siempre como representante del ala introspectiva que se fue despojando del prurito ornamental para decir su mensaje desnudo de reforcimientos formales, de falaz retoricismo”.

Obsesionado por la poesía pensativa y no por aquella que se revuelve en los infantiles jugueteos de la música arquetipista, González Martínez fractura su perfil modernista no con la constitución de una lírica llana y desnuda —lo que nunca ocurre en su caso—, ni con la simplista torcedura de cuellos sino con, como concluye Gilberto Prado, “el espíritu reflexivo —la honda raíz meditativa— [que es] lo que aleja al poeta de ese movimiento ‘francesista’”, o, en otras palabras, “la inteligencia del ritmo de las cosas, la vuelta a la reflexión acerca del hombre, el izamiento del búho como símbolo opuesto al cisne, la predilección del qué sobre el cómo, del mensaje sobre la estructura”.

Por todo lo leído podemos concluir que los ensayos de Gilberto Prado Galán son puertas que se nos abren a los no iniciados para caminar, lámpara en ristre, los pasillos del

misterio poético que de otra manera permanecerían vedados y en penumbra.

Lúcido, intuitivo, armado siempre con una prosa afilada, Gilberto Prado Galán confirma aquí, en *El misterio y su lámpara*, su solvencia como ensayista. Leámoslo.

COMARCA LAGUNERA, 26, NOVIEMBRE Y 98



## Arte para servilletas

Cuando me lo preguntan, siempre digo que el palíndromo es “un arte para servilletas”, un juego verbal para hacer más creativa y llevadera cualquier espera en el café, y en ese sentido puedo agregar ahora que la impuntualidad de los amigos es, para muchos palindromistas, el verdadero detonante de la invención. Aunque ya todos lo saben, me refiero aquí, cuando hablo de palíndromo, al generalmente pequeño artefacto verbal que puede ser leído de derecha a izquierda y al revés, de izquierda a derecha, todo en perfecta simetría.

No es fácil, aunque a veces lo parezca, trabar buenos palíndromos. Las reglas no escritas sobre este microgénero literario son básicamente dos: A) la obvia, que las frases puedan ser leídas al revés y digan lo mismo que al derecho, y B) que el palíndromo tenga un mínimo sentido dentro de su simplicidad, una lógica. Ejemplos ya sobados, conocidos por cualquiera, son “Anita lava la tina”, “arrima la mirra”, “dábale arroz a la zorra el abad”. Esos son, por así decirlo, los palíndromos ya emblemáticos, aquellos que cualquiera cita (como yo en esta nota) cuando se habla de palíndromos.

Son innumerables, sin embargo, los palíndromos que el ingenio humano y el ocio han podido acuñar. El español,

---

Publicado en *La Opinión Milenio* en noviembre de 2001. Fue una oportunidad para celebrar, sin que se notara mucho, la torrencial avenida de palíndromos producida por Gilberto Prado Galán en la palindrómica revista *Arteletra*.

hay que decirlo, es una lengua que se presta de manera espléndida para dedicarse al difícil arte de la palindromía. Que yo sepa, el más fecundo de los palindromistas fue un escritor argentino poco conocido en México pero famoso en su país, el argentino Juan Filloy, quien alguna vez aconsejó “que se practiquen frases palindrómicas, el entretenimiento de los griegos cultos”. Casi al final de su larga vida, Filloy aseguró ser el *recordman* mundial del palíndromo, con una producción de más de diez mil piezas, todas de bella factura como “acaso hubo búhos acá”, “sólo di sol a los ídolos” y “allí tápase Menem esa patilla”. “Palindroma”, dice Filloy, significa en griego “que corre de nuevo”. Hay otros autores también prolijos, como el poeta guatemalteco Otto Raúl González y el político mexicano Miguel González Avelar, de quienes lamentablemente no tengo ni un ejemplo a la mano.

No sería justo olvidar a Cortázar, aficionado a estos y otros juegos con la palabra y de quien son memorables algunos palíndromos encajados en “Satarsa”, uno de los muchos e impecables cuentos que esculpió la mano del cronopio. Aquí está, por ejemplo, este bello ejemplar: “Atar a la rata”. Y para seguir con argentinos, puedo citar en este párrafo a Laura Pollastri, amiga que le debo a David Lagnanovich, crítico y poeta, gigante y amigo; ella —maestra e investigadora de la Universidad Nacional de Comahue, en la Patagonia argentina— es también espléndida cazapalindromas. Para probarlo, traigo el fragmento de un mail que me mandó hace poco: “‘Adán, sé ave, Eva es nada’, ‘Roma tibi subito motibus ibit amor’ y ‘A Essi Do L’Illiade ed a illi L’Odissea’”; Laura me hace notar que la ciudad donde ella vive es palindrómica: Neuquén.

No voy a exagerar, pero considero a Gilberto Prado Galán, torreonense y cuate, uno de los palindromistas más do-

tados del mundo. Con inusitada frecuencia nos sorprendía a todos y dejaba caer sobre la superficie de la conversación un palíndromo fulgurante, una joya de perfectos acabados. A él se debe, por lo menos entre nosotros, la mejor definición del palíndromo, la más breve y, precisamente, palindrómica: “Arteletra”. Así se llama, por cierto, la revista que hace tiempo fundó y que ya va en su tercera salida. Pero no es sólo el chispazo de “arteletra” lo que distingue a Prado Galán como dechado de palindromistas. De él recuerdo muchos para algunos de los cuales fui el primer auditor. Él defiende, además, que el mejor palíndromo es aquel que tiene mayor número de sílabas y mayor sentido y gracia. Lo he olvidado, pero vagamente recuerdo algún fragmento de un palíndromo suyo que tenía cerca de treinta sílabas, hermoso. Los que no olvido y nunca olvidaré son otros más cortos, pero no menos brillantes, como estos: “El bato notable” (cuando lo oyó, el ingeniero Joel Triana Espinosa comenzó a llamar así a Gilberto: el bato notable), “Así ve Leti Televisa”, “Yo, de mí, a Jaime doy”, “A la gorda, drógala”, “La ruta natural”. Con nombres propios tiene varios, y recuerdo aquél de “Ana Susana”. Uno más, y me lo acaba de mandar desde Madrid: “Acá Cela vale caca”. O, por último, este inmejorable que usé para encabezar una vieja columna periodística donde reseñaba libros: “Orbilibro”, donde con un solo neologismo se sintetiza la idea “mundo de los libros”. Gil tiene un proyecto, hasta dónde sé, gigante: publicar un libro con 1001 palíndromos, y entiendo que ese plan ya va muy bien encaminado.

Por compartir ese juego, por depositar el ocio en un pedazo de papel, por carambola del azar y por otras razones que no viene al caso mencionar, también yo he participado en esa calistenia literaria. Mi producción es pobre (acaso no

más de treinta o cuarenta piezas) pero tengo algunos que tal vez don Juan Filloy y Gilberto avalarían como pasables. Traigo algunos. Éste de carácter filosófico: “A citar cosa socrática”; o este agresivo y con sabor a mentada: “Tu mamá mamut”; también esta frase retadora (donde la letra “ch” funge, según las leyes del palíndromo, como una sola grafía y se lee igual, como “che”, de izquierda a derecha): “Yo nací chicano ¿y?”. Y hace algunos días amonedé éste dedicado al Tío Sam: “¡Masa, oíd! Osama da más odio a Sam”. Y mi palíndromo de mayor calado, frase que define a un tipo llamado Samuel Adán cuya peculiaridad es que siempre anda malito de la panza: “Sam Adán soñaba sanitarios o ir a tinas, a baños nada más”.

No son grandes logros, es cierto, pero el ejercicio de la palindromía ha sido para mis esperas un antídoto, la mejor forma que su servilleta ha encontrado para rellenar el acolchonadito vacío de una servilleta. Quizá este juego les parezca a muchos lectores una bagatela, un entretenimiento carente de gracia, pero resulta innegable que en materia de prestidigitación verbal nada iguala la belleza de un buen palíndromo, y esto es algo que todos podemos reconocer. Por cierto y por último, la palabra “reconocer” también es palindrómica.

COMARCA LAGUNERA, 22, NOVIEMBRE Y 2001

## ***Minas y teodolitos:* oro e ingeniería de siete poetas**

Cuando todavía estaba avecindado en España, Gilberto Prado Galán (Torreón, Coahuila, 1960) entregó a las prensas *Minas y teodolitos*, uno más de sus libros dedicados a excavar en el quehacer de Poetas con P mayúscula. Como en *Esplendor del canto*, en *Vindicación de Incurable*, en *Huellas de Salamandra* y en *El misterio y su lámpara*, esta nueva acometida crítica del torreonense pone sobre la mesa no sólo la excepcionalidad de los artistas escudriñados, sino la agudeza de su indagador. Doble ganancia, entonces, la que obtiene el lector de estos asedios: por una parte ubica y reubica algunas voces caras a la poesía de nuestro continente espiritual; por otro, goza con el gozoso ejercicio de una ensayística donde sanguíneamente se hermanan forma y fondo en plenitud de méritos.

*Minas y teodolitos* —una bellísima y aerodinámica edición del Conaculta, hay que decirlo desde ahora—, contiene siete aproximaciones a igual suma de poetas nacidos en Iberoamérica. Los periplos son breves, como cumple al tipo de acercamiento que, antes de verse contenido por el recipiente libresco, fue primero un material expuesto en el anaquele de la revista cultural. Los ensayos de este libro, pues, andaban sueltos, sin amarre, en *Brecha*, *Umbral* y *Cuadernos de la Huerta de San Vicente*, revistas de México, Dominicana y España, respectivamente. Los unía el tema, el género y la

---

*Minas y teodolitos*, Gilberto Prado Galán, Conaculta, colección Sello Bermejo, México, 2003, 72 pp.

mano que los armó, y ahora, gracias a esta edición, los tenemos servidos en una misma vianda.

Manuel Bandeira, Manuel del Cabral, Nicolás Guillén, Borges, Lugones, Sor Juana y Paz son los poetas que habitan esta obra; un brasileño, un dominicano, un cubano, dos argentinos y dos mexicanos dejan ver de nuevo, pues, que Iberoamérica ha sido y sigue siendo tierra feraz para el ejercicio poético. Da gusto, visto el origen geográfico y lingüístico de los autores, que a los hispanoescritores se sume la presencia de Bandeira, dado que son pocos los lectores mexicanos que tenemos noticias de lo que sobresale en Brasil, ese país al que sólo le faltaría el español para ser cabalmente hispanoamericano. Asimismo, da gusto ver en la nómina de *Minas y teodolitos* a Manuel del Cabral, poeta de la antigua isla Española que desgraciadamente es muy poco conocido en nuestro país.

En el pórtico, Prado Galán deja mirar —acaso como en ningún otro momento de su ya numerosa obra crítica— una especie de *ars ensayística* volcada al examen de lo poético. El título de ese acceso a *Minas y teodolitos* es por sí solo una definición: “El liminar azoro”, es decir, la predisposición al asombro que debe guardar quien ingresa a los habitáculos de la poesía bien amueblada. Aunque el crítico sabe que cualquiera puede ser capaz de acercarse al poema y sentir su irradiación, afirma lo que me parece irrefragable: nadie como el mismo poeta, el iniciado, para excavar más hondo en esas minas de palabras. La experiencia compartida entre el poeta y el poeta-crítico crea una red de guiños, de puntos de contacto sólo percibibles por quienes deambulan en la misma sintonía emocional:

Encuentro de miradas es la crítica del poeta sobre la poesía, las miradas se encuentran en el espacio del poema (...) Quizá por esta razón no exista una crítica más convincente de la poesía, de su fenómeno, de su apariencia sensible, de su realidad jamás estática, que la realizada por quienes han inventado la luz en otra esfera: los poetas conocen el camino que recorren y conocen, asimismo, la canasta de asombros que el destino del trayecto implica.

Prado Galán nunca lo presume, y de hecho esa línea asoma sin pirotección en las fichas biobibliográficas que de él podemos encontrar: es un grande y prolífico poeta, y allí está, entre otros, *Palabras contra el tiempo* para certificar esta afirmación. Como poeta sabe, entonces, desandar los pasos de sus homólogos, sabe recorrer los pasadizos de la creación, los trucos y las estratagemas que sus congéneres emplean al momento de amonedar versos. Por eso, sólo por eso, porque es un amplio poeta, está genéticamente aclimatado a la temperatura del decir poético más diverso, y si a tal virtud, digamos *natural*, se le añade una formación filosófica y lingüística de firme rigor, el resultado no puede ser otro que el evidenciado ahora, una vez más, por *Minas y teodolitos*.

No es, por eso, casual que sus buceos más exitosos hayan sido emprendidos en las aguas del océano poético, como sucedió con *Salamandra*, uno de los libros más peliagudos de Octavio Paz, quien reaparece en este *Minas y teodolitos*. Aquí, sin el afán de ser exhaustivo, traza rutas de acceso a siete autores y lo hace, en general, tomando como zona de partida y de llegada piezas representativas de algunos poetas iberoamericanos. Su selección es de una calidad extrema. Escoge lo mejor entre lo mejor, como el joyero que entre

mil diamantes selecciona aquellos que por su pureza alcanzan mayores posibilidades para el lujoso corte.

“El arte de amar y la muerte absoluta de Manuel Bandeira”, “La cifra: un imaginario prólogo”, “Un asedio a la geografía sensible de ‘Compadre Mon’”, “Los sonetos de Sor Juana: cuádruple acercamiento”, “El lirio universal de *El son entero*”, “La seducción de ‘La palmera’ de Leopoldo Lugones” y “‘Piedra de sol’: apología del amor”, son las estancias en las que el lagunero se detiene. Es posible garantizar que estos ensayos han sido cincelados por un crítico que además es notable poeta. Entrar a *Minas y teodolitos* nos depara el feliz azoro de mirar desnuda, hermosamente desnuda y mucho mejor desnudada, a la poesía, al oro y a la sutil ingeniería de siete filones iberoamericanos.

## Fulgores del asombro

**M**anadero de ideas que casi inmediatamente después de nacidas buscan hospedaje en libros, Gilberto Prado Galán (Torreón, Coahuila, 1960) no ha parado de publicar desde que en 1987 dio a la prensa aquella *Exhumación de la imagen* que, pese a su modestia artesanal, ya exhibía las numerosas destrezas del autor que lo mandó maquilar en una imprenta de la avenida Hidalgo de Torreón. Hace años me propuse reseñar toda esa obra, pero fue tan acelerado el pratense ritmo de trabajo y tan repentina la superabundancia de mis ocupaciones que en pocos años quedó rebasado aquel deseo. Hace un par de meses hablamos precisamente sobre eso, sobre su friolera bibliográfica: en poco más de veinte años dedicado a la escritura que aspira a ser vista públicamente, Prado Galán a tramado más de quince libros individuales y no sé cuántos otros como coautor en colectivos.

Ahora, mediado el 2006 y un poco después de habernos dado *El canto de la ceniza*, *El libro de las preguntas* y *Minas y teodolitos*, se nos apersona con *Fragmentos del asombro*, manajo de ensayos que pese a su brevedad no deja de enseñar el malicioso arte que asiste a Prado Galán en todos sus afanes literarios.

---

*Fragmentos del asombro*, Gilberto Prado Galán, Conaculta/Ediciones sin nombre, México, 2006, 121 pp. Reseña leída en la presentación de este libro celebrada en el Museo Regional de La Laguna el 27 de septiembre de 2006.

Debo decir, de entrada, que los marrazos del tiempo y del oficio templan cada vez más, como espadón japonés, la prosa de Prado Galán. Al recorrer estas nuevas páginas uno siente la impresión de estar leyendo por primera vez, como si el texto hubiese sido escrito en un código recién inventado y recién aprendido. Gilberto Prado encuentra caminos nuevos para la expresión; como Lezama, ayunta palabras que ni por accidente se han reunido en español, y con ellas crea tropos que bailan como trompos ante la mirada atónita de quien acaricia estos renglones. Por esta virtud, notoria para todo lector sensible, una mano anónima del periódico ABC de España señaló hace poco tiempo sobre su poesía, que es como decir sobre toda su escritura, que

Prado Galán —tal y como lo demuestra en los numerosos palíndromos aforísticos que viene publicando en *Arteletra*— disfruta con los juegos de palabras y la disposición del verso, así como la utilización peculiar de los elementos tipográficos. Metaliterario, confesional, imaginista, funde en sus versos lirismo y pensamiento, reflexión y sugerencia del lenguaje, y pule el verso (utilizando la analogía geológica que tanto le gusta) buscando para extraer la piedra preciosa que duerme en el interior de todas las palabras.

El genio verbal del torreonense exhibe tanta opulencia que puedo decir esto sin incurrir en hipérbole: lamento que *Fragmentos del asombro* no contenga índice, pues son tan atinados los títulos que uno hubiera tenido, como *bonus track*, un poema espeso de fortuna en esa parte de los libros que suele servir nomás de gélida referencia al contenido. Los títulos de cada ensayo son en sí mismos una lección de

literatura, y sólo me había ocurrido percibir esto con *Breviario de podredumbre*, un libro que en estructura interna y hasta en nombre es pariente de *Fragmentos...* Como Ciorán, lo cual no es flaco elogio, nuestro poeta y ensayista encabeza todas sus piezas con un gancho al hígado de la imaginación: “La ponzoña abstracta”, “El diablo tranquilizado”, “Filosofía y prostitución”, “El arquitecto de las cavernas”, “Fisonomía de un fracaso”..., dice el nihilista rumano. “Los vestidos de la errata”, “El hacedor de silencios”, “Refutación de los pies”, “El escondite de Dios”, “Elogio de la amistad”, “El arte de morir”..., escribe Prado Galán.

En estos *Fragmentos...*, el autor de *El oro amotinado* toma como pretexto varios asuntos para acercarse al eje temático del libro: en todos los casos late el asombro, la sorpresa que asalta al escritor luego de leer una noticia, un libro, luego de columbrar un recuerdo, el pliegue de una determinada realidad social o íntima. En tal sentido, el que nos regala esta noche —dicho esto en los dos sentidos del verbo regalar: como obsequio y como acto que provoca placer— es un libro con parientes ricos: andan en él, por supuesto, todo Baltasar Gracián, *El Minutero* de López Velarde, la *Varia invención* de Arreola, muchas páginas de Borges y de Reyes y de Cortázar, un poco los diarios de Ribeyro, las anotaciones al calce de la vida de Azorín, los *Enseres para sobrevivir en la ciudad* de Quirarte, *La batalla perdurable* de Castañón y no sé cuántas inteligentes páginas de Zaid, libros que acaso han sido originalmente apuntes, notas al pie de la gran obra, colaboraciones periodísticas que en las manos de un gran escritor pasan con pasaporte legal al país de la perdurabilidad y, algunas, a la más descarada inmortalidad, como es el caso de los textos breves, fogonzos en prosa, del jerezano ya mencionado.

Aunque a primera vista no lo parezca, *Fragmentos...* es un libro de linaje erudito. No sé cuántas disciplinas, libros, autores, experiencias, cruces, interrelaciones son convocadas en cada página, como si el mundo conocido, todo lo visible y lo invisible, pudiera aquí encontrar estacionamiento desahogadamente, sin embotellar las copiosas referencias que le sirven al autor para urdir el fino y firme cáñamo de sus reflexiones. Cualquier párrafo puede ser el ejemplo: de una pincelada literaria el autor pasa a la antropología, luego a la fisiología, poco después a la historia, a la matemática, a la política y a la química y, en fin, cada pieza de este libro da la impresión de encontrar, como agua que desciende desde la montaña, su cauce más sencillo y más barroco a la vez. Al final, ese torrente de conocimientos se acomoda (forma un lago) en la sensibilidad del lector gracias a que Prado Galán domina sus variados materiales con soltura, sin apretujones innecesarios. Todo cabe en un librito sabiéndolo aquilatar.

Debo decir no tan al margen, como punto último de este veloz escrutinio, que parecía extraño que un hombre con su sentido del humor, con su pasmosa capacidad para caricaturizar voces, con su memoria anecdótica y su pericia nata para relampaguear juegos de palabras no tuviera escrito hasta ahora un libro que revelara, al menos en sordina, ese flanco de su personalidad. En *Fragmentos del asombro* hay humor a kilos, una risilla tenue que se esboza (se emboza) tras los múltiples antifaces del vertiginoso saber. Los ejemplos son muchos, como en los sucintos ensayos-crónica-memoria en los que sonrío de sí mismo, de su lectura virginal de Nervo, de su aprendizaje aeronáutico (como pasajero), de su manía por rayar libros como el que, prestado, palimpsestó de *Salamandra* para armar allí sus *Huellas* de ídem.

Hay humor del bueno, del inteligente, en todo el libro, y junto con esto lo que ya enuncié y acaso mucho más: un Gilberto Prado que, perdón por la profana metáfora beisbolera, sigue siendo indiscutible cuarto bat en el *line up* de la liga literaria lagunera y, poco a poco ya, inicialista en ligas infinitamente más difíciles, ésas donde las pichadas llevan lumbré y las barridas siempre se dan con los feroces picos por delante. Allá Prado también sabe desempeñarse y lo respetan. Por eso es un orgullo tenerlo aquí en libro y u o, mejor, en persona.

COMARCA LAGUNERA, 28, SEPTIEMBRE Y 2006



## Colección de Arteletra

En diciembre de 2006, reunidos en torno de una barbacoa mañanera, Gilberto Prado Galán me transmitió su deseo de editar algo, lo que fuera, para sumarnos al centenario de Torreón. La idea era simple: él y Javier, su hermano, conseguirían los medios económicos y a mí me encargarían echarle el ojo al trabajo editorial. No se trataba de hacer algo suntuoso, sino limpio y propositivo, abrir un espacio más al pensamiento y la creatividad. Quedamos en que Javier, él (Gilberto) y yo buscaríamos autores que nos arrimarán materiales de no más de treinta cuartillas cada uno, y así nos despedimos, con esa idea más o menos bosquejada sobre el yute para emprender el bordado en 2007.

Lamentablemente, durante el año del centenario los tres estuvimos atestados de chamba, con una sobreocupación que dejó en pausa el proyecto editorial cerca de nueve o diez meses. A la altura de septiembre u octubre, no recuerdo, Gilberto estuvo en Torreón, nos vimos a las carreras y reavivamos la idea de continuar el plan pospuesto. Poco después, los textos comenzaron a llegarme vía Yahoo. Los Prado Galán consiguieron siete (incluidos los de su cosecha) y yo dos (incluido uno mío), así que al final tuvimos los recursos (el dinero y los textos) para armar nueve cuadernillos. Los llamo así, *cuadernillos*, no por apocarlos, sino por el remilgo de no llamarlos *libros*; pero pueden ser denomi-

---

Publicado en la columna “Ruta Norte” del diario *Milenio Laguna* el domingo 3 de febrero de 2008.

nados, también, *opúsculos* (obras en formato pequeño), plaquetas o, como ahora me gusta clasificarlos dado que son partículas de un todo: *volumettos*, en este caso de la Colección 101 Años.

El cierre del 2007 fue todavía más pesado que los meses anteriores, así que en diciembre optamos por aprovechar el asueto de febrero 2008 (éste en el que hoy estamos viviendo) para que ellos viajaran de la capital y presentáramos en La Laguna el resultado de nuestro discreto empeño editorial. Los acompañan varios de los autores integrados al primer contingente de *volumettos*. La lista de los títulos, los autores y las temáticas son los siguientes, numerados del 1 al 9: *Sueños diurnos (2006-2007)*, de Javier Prado Galán, es una compilación de algunos de los artículos socioantropológicos que ha publicado en *El Universal* del DF. *Dialéctica del caos*, de Gilberto, reúne cinco trabajos de crítica literaria que antes fueron publicadas en su columna de *Fahrenheit*, revista capitalina. *La crátera del orbe*, de Joseba Buj (español, el único autor extranjero de este lote), es un poemario donde resaltan el amor y su envés, la desolación. *Homeomatrix: principios básicos que rigen la medicina homeopática*, de Mauricio Serratos Pedraza, hace un recorrido histórico sobre el significado de esta alternativa sanatoria. *Caballos de fuerza*, de Rodrigo Márquez Tizano, es un libro con cinco cuentos frescos, con personajes que fluctúan entre la desdicha y el cinismo. *John Locke, los límites de la razón y el golf*, de Joaquín Carlos Moya Cussi, analiza algunos postulados del filósofo inglés y los vincula con los secretos del deporte susodicho. *Una costilla de la noche*, de Daniel Lomas, es un poemario que deambula entre espinas, entre el dolor y el asedio a la esperanza. *El centelleo del Erignis. Reflexiones sobre el espacio y el tiempo en la era de la información (a la luz de la filosofía de Xavier Zubiri)*, de

Miguel Ángel Sánchez Carrión, piensa sobre el influyente filósofo español. Por último, *Monterrosauro*, librito que escribí en 2002, es un juguete diseñado para sonreír con una ramificación del cuento brevísimo más famoso de la literatura. La tanda de nueve, en resumen, ofrece una mesa-bufet: hay periodismo crítico, hay poesía, hay filosofía, hay narrativa y otros temas. Publicamos aquí cinco laguneros, tres deefños y un español, y con esto reemprendemos el trabajo difusor que comenzó *Arteletra* con su revista y que ahora toma nuevas rutas editoriales. Espero pues a mis lectores (así sean asombrosamente escasos) en el Museo Regional de La Laguna este 5 de febrero a las 8 pm. Habrá vino y canapés. Mi gratitud, a todo esto, para Ana Sofía García Camil, directora del Museo, por la apertura de tan bello espacio. Y gracias a Gil y a Javier por seguir aquí, en La Laguna, su Laguna.



## Prado Galán con Carlos Fuentes

Con envidiosa alegría recibí el enlace de la entrevista que Gilberto Prado Galán hizo a Carlos Fuentes en radio Iberodigital, difusora de la Ibero Ciudad de México. De entrada se me ocurre recordar que el género de la entrevista radiofónica es muy latoso cuando el personaje encarado es alguien como Fuentes y no, por ejemplo, cualquier politicastro al que le plantean las mismas preguntas para que repita las mismas respuestas. El diálogo sube varios niveles su grado de dificultad porque nunca se sabe cómo reaccionarán los chipoccludos del pensamiento, si andan de buenas o de malas, si son de natural huraño o cordial, si durmieron bien anoche o los torturó el insomnio. Yo —me asumo como imaginario conejillo de Indias— me declararía, más que incompetente, inapetente para conversar en público con Fuentes, pues siento que sería algo así como un *match* entre Mike Tyson contra la Mosquita Zamarripa. Ni para qué arriesgar, entonces, la poca autoestima que uno tiene. Por eso es admirable la tranquilidad, la soltura y el empaque de nuestro amigo Gil al charlar con el escritor mexicano más famoso entre los vivos. El suyo fue un diálogo ágil e informado, una pieza acabada de entrevista radiofónica. Resumo su contenido y remito aquí, en esta liga, la versión disponible en la red.

La primera pregunta que hizo Prado Galán se refirió a *Cristóbal Nonato*, novela que en alguna de sus páginas se re-

---

Publicado en la columna “Ruta Norte” del diario *Milenio Laguna* el domingo 10 de febrero de 2010.

fiere a México como país con hombres y niños tristes; ¿hay tiempo para la felicidad en éste y en el futuro México?, interrogó el escritor lagunero. Fuentes respondió que lo que piensa el personaje no es necesariamente lo que él piensa como autor, que no puede escribir novelas con base en el optimismo, y si bien sus ficciones tratan sobre el lado negativo, sombrío o malo de la realidad, lo hace con un sentido de “advertencia”.

Prado Galán habló luego sobre los diversos Méxicos que Fuentes ha recorrido en su caudalosa obra, e inquiere al autor de *La región más transparente* si es posible un proyecto educativo uniforme en nuestro heterogéneo país. Fuentes comentó que es necesario encontrar una educación que primero establezca las bases generales y luego piense en las particularidades; el desafío de la educación es mantener principios generales y después de eso atender particularidades.

El diálogo continuó con una pregunta de Prado Galán sobre la necesidad, como planteó Confucio, de una reforma en el lenguaje del gobernante. Fuentes afirmó que eso es imposible, que los políticos no abandonarán sus vicios. La única posibilidad, añade, está en la educación, que acerca a la buena literatura, a la filosofía, a las ideas claras y algunas veces a la creación literaria que tiene, entre otros, el propósito de corregir y enriquecer el lenguaje. Discrepa en el sentido de que la literatura sea percibida por unos como transformadora y por otros sólo como iluminadora de ciertos espacios de la realidad; para él, la literatura transforma e ilumina, y menciona al monárquico, católico y reaccionario Balzac del que Marx aseguraría luego lo siguiente: que sin la lectura de la *Comedia Humana* no hubiera podido escribir *El Capital*. La cultura, pues, está hecha de vías comunicantes, una cosa

alimenta a otra, todo se relaciona y es imposible establecer compartimentos estancos.

El ensayista torreonense le preguntó después sobre la condición de la literatura mexicana actual como contrapeso de o explicación a las dolorosas realidades de la violencia y la corrupción. El entrevistado señaló que por fortuna México ha pasado de una literatura restringida en la que, como antes, se escribían novelas “agrarias”, “de la revolución”, “de la ciudad”, a una con relatos más personales, como las novelas de Álvaro Enrigue o Guadalupe Nettel, obras que constatan que hemos desplazado ciertos cartabones literarios para entrar a una literatura con gran variedad de registros y de temas.

El siguiente tema es el de la intertextualidad en la obra de Fuentes, la rehidratación de los clásicos en sus obras presentes; sobre esto, el entrevistado subrayó que le importa mucho la intertextualidad, el respeto y conocimiento de la tradición, saber que se procede de alguna para poder ir a otra. Fuentes enfatizó que hay un estrecho vínculo entre creación y tradición; dijo que la tradición que no se renueva, se muere, y pasa lo mismo, a la inversa, con la creación, que necesita de la tradición para sobrevivir.

La conversación siguió en la misma tesitura. Apenas he podido resumir la mitad de la entrevista, es cierto, pero creo que es suficiente para darnos una idea del encuentro Carlos Fuentes-Gilberto Prado en inteligente coloquio literario. Recomendando que le echemos un vistazo (y un oidazo) en el enlace que ya di.



## Exhumación de un poemario: el primer libro de Gilberto Prado Galán

Hace un par de meses recibí un mail del escritor Armando Oviedo; me pedía una colaboración para un número especial de *Arteletra*, revista de literatura que dedicaría todas sus páginas a reflexionar sobre la vida y la obra de Gilberto Prado Galán a propósito de su cincuenta aniversario. La idea era armar la publicación sin decir nada al homenajeado y por sorpresa entregarle los ejemplares en la cena de su cumpleaños, lo que ocurrió el pasado lunes 20 de septiembre [de 2010] en el DF. Allí estuve, acompañando a Gilberto y sumado a la festiva nómina de colaboradores —Alejandro González Acosta, Ignacio Trejo Fuentes, Jorge Valdés Díaz Vélez, Joseba Buj, Javier Prado, entre otros— que elogian su trayectoria literaria.

Conozco a Gilberto Prado Galán (Torreón, Coahuila, 20 de septiembre de 1960) desde agosto de 1982. Recuerdo el mes y hasta el día, un 9, porque en aquel momento entré al primer semestre de la carrera de Comunicación en el ya extinto Instituto Superior de Ciencia y Tecnología A.C., mejor conocido como Iscytac. Aunque físicamente no lo parecía, ese instituto tenía rango de universidad y ofrecía cinco carreras a toda la Comarca Lagunera: Diseño gráfico, Arquitectura, Ingeniería civil, Psicología y Comunicación; su campus (por llamarlo de algún modo) estaba en la colonia

---

Publicado en la revista *Arteletra* en septiembre de 2010 y en la revista *Acequias* número 89 correspondiente al Invierno de 2022.

Bellavista, de Gómez Palacio, al lado del lasallista Instituto Francés de La Laguna. Gilberto estaba en séptimo semestre de Psicología cuando comencé a estudiar mi licenciatura, pero como la infraestructura de la escuela era notablemente modesta todos nos topábamos con todos. En aquellos días vi pues, sin tratarlo todavía, a Gilberto. No fue difícil ubicarlo ya que en su salón sólo él y otro compañero se sumaban a un grupo mayoritario de mujeres. En los pasillos del Iscycac, en su austera cafetería, en sus escasas bancas de descanso, Gilberto aparecía muchas veces acompañado por Jorge Rodríguez Pardo, su único condiscípulo.

La apariencia del Gilberto estudiante era muy simple y se mantiene igual hasta la fecha: camisa de vestir de manga larga, pantalón de mezclilla sin cinturón y zapatos negros. Lucía entonces una mata abundante de pelo crespo, *look* que podría seguir usando pues jamás ha perdido ni perderá población capilar. No tenía coche, viajaba en los feos camiones urbanos de La Laguna y a todos lados cargaba con un libro. En nuestras feroces temporadas de calorón, la clara tez del poeta enrojecía como si fuera la de un nórdico.

Creo que pasó un año antes de que trabáramos alguna conversación. En mi segundo semestre —y octavo de Gilberto— varios jóvenes alumnos habíamos aprovechado la oportunidad de publicar en el suplemento cultural del periódico *La Opinión* gracias a que Saúl Rosales, maestro del Iscycac, era editor de aquellas páginas. Cada cual por su cuenta, Gilberto y yo nos acercamos a Rosales y le ofrecimos textos. Él poesía y breves ensayos; yo mis primeros rounds de sombra con el cuento y algo de poesía hoy sonrojante. Poco después, otra vez cada cual por su cuenta, le dijimos a Rosales que si formábamos una especie de taller literario. Fue así como en 1984, convocados por el asediado

Saúl Rosales, celebramos la primera reunión del grupo que denominamos Botella al Mar; esa primera sesión, y muchas otras posteriores, ocurrió en la casa de Enrique Lomas Urista, en la calle Galeana, entre Juárez e Hidalgo, de Torreón. Asistimos los que formaríamos la base del grupo: Saúl, Gilberto, Enrique y yo. Luego se sumaría Pablo Arredondo, de suerte que el Botella al Mar tuvo en esencia cinco miembros fijos y un cuantioso número de fugaces transeúntes.

Estoy seguro de que la madurez literaria de Gilberto fue evidente para todos. Si no, lo fue muchísimo para mí. Yo había leído sus primeros poemas y acercamientos críticos en las páginas de *La Opinión*, y me bastó escucharlo en las sesiones del taller para considerarlo el más dotado escritor de nuestra generación y de nuestro entorno. Gilberto escribía bien, demasiado bien, desde que comenzó a publicar. Sus poemas eran algo herméticos para los lectores de a pie, pero de inmediato se notaba que detrás de los versos se agazapaba un joven con genio. Cada poema irradiaba riqueza metafórica, música, hondura reflexiva y una cierta entonación que hacía pensar en un artífice cargado de experiencia intelectual, de lecturas. Y sí, Gilberto era a sus 22 o 23 años un escritor que había leído poesía —a López Velarde, a Cuesta, a Villaurrutia, a Paz, a Gorostiza, a Neruda, a los clásicos del Siglo de Oro y muchos más— y a eso sumaba un océano de obras filosóficas: Aristóteles, Platón, San Agustín, Kant, Hegel, Descartes, Kierkegaard, Unamuno, Ortega, Wittgenstein, y por sus estudios profesionales a Freud, Skinner, Reich, Sacher-Masoch. Gilberto tenía dos capacidades envidiables para los que habíamos decidido vivir de y con las palabras: leía como loco y lo memorizaba todo. En efecto, era una bodega de información, de citas, de referencias, todas precisas y muchas veces apabullantemente textuales, como

si las hubiera grabado en una computadora. En la bodega almacenaba la materia prima que combinaba con su labor de fábrica: poemas y poemas, largos y bellos poemas además de sesudos asedios ensayísticos salían de su Remington y a varios nos dejaba boquiabiertos. Rarísimo pues era aquel Gilberto: en las reuniones del Botella al Mar, entre cerveza y ginebra, reía, bromeaba, jugaba con las palabras, colocaba apodos, hacía excelentes imitaciones, lanzaba sarcasmos, citaba canciones de ídolos populacheros y al mismo tiempo mostraba textos de una precocidad que jamás he vuelto ver. Fue por ello, para mí, el paradigma de escritor dotado, un ejemplo de lo que era combinar la soltura y el humor en el trato oral con la belleza y la densidad intelectual de la palabra escrita. La mixtura de gracia e inteligencia se notaba en las reuniones; junto a un poema perfecto ofrecido a la ponderación de sus compañeros, Gilberto instalaba, en la charla espontánea, juegos de palabras que también trasudaban una malicia endiablada. Recuerdo algunos de sus malabares burlones: alguien dijo que la “horrible música” de órgano Yamaha a veces servía para amenizar bodas y que el máximo usuario de ese instrumento era Juan Torres; Gilberto de inmediato lo rebautizó: “Juan Torres Bodet”. Cuando platicábamos del pelotazo que un futbolista recibió en los bajos, nuestro poeta acuñó un luminoso calambur: “Le pegaron en calva sea la parte”. A un amigo apellidado Guerra Estrella lo renombró “Star Wars”. De un sujeto resentido con no sé quién dijo que “tenía un odio serval, con ‘s’” (con “s” de siervo, esto para aprovechar la casi homofonía del lugar común “miedo cervical”). A un tipo le dieron un puntapié en el trasero y Gilberto retruécaneó que le pegaron en “el ojo del rabillo”. Estas chispas de ingenio hay que multiplicarlas por cientos, y eran apenas la manifestación satírica de una

mente en permanente lucha con y contra las palabras, lo que hoy es ostensible en su Amazonas de palíndromos. Lo asombroso es, insisto, la manera como amalgamaba los ratos de jocosidad con su infatigable búsqueda de sentido en la poesía y en la “filos”, como apocopaba la palabra *filosofía*.

Recién titulado de psicólogo, sin una economía desahogada, ejerció en un consultorio por un breve periodo; creo que no era lo suyo. Fue entonces cuando aceleró su pesquisa de espacios para trabajar como maestro. Peregrinó por numerosas escuelas, por prepas de refugiados (reía de sí mismo por haber dado clases en la Pedro de Gante, institución de Gómez Palacio, Durango, donde los alumnos quemaban mota hasta en las aulas), por universidades fantasma y, ya fogueado, en universidades serias. Con los recursos pepenados en el trajín docente, Gilberto fue uno de los principales auspiciadores de la fiesta; de natural desprendido, no reparaba en gastos cuando de cafetear, comer o beber se trataba. Tal fue su vida entre los 23 y los 28 o poco más: dar muchas clases, leer en su casa de Oyamel y Lirios de Torreón Jardín y verse todos los días con los cuates de literatura en el café o en las siempre venturosamente abundantes cantinas de Torreón. Los sábados eran sagrados para nosotros: ese día nos reuníamos desde las cinco de la tarde hasta la una o dos de la madrugada, bebíamos, compartíamos lo escrito y lo leído y nos solazábamos con la chismografía del mundillo literario local y nacional. En esas sesiones Gilberto destacaba en todo: como creador, como crítico y como sabroso comentarista de nuestra picaresca cultural. Además, como destacado proveedor de los elíxires que escanciábamos para que las reuniones no perdieran jiribilla.

Previsiblemente, Gilberto fue el primero en organizar materiales para un libro. Por desgracia, Torreón pasaba por

una situación editorial penosa. Ni las universidades, ni los centros culturales ni las instancias de gobierno impulsaban proyectos de publicación. Fue por eso que Gilberto decidió orientar recursos obtenidos con su trabajo y pagar una edición de autor. En aquel tiempo nos veíamos casi a diario, así que, como testigo privilegiado, varias veces lo acompañé a una imprenta (hoy llamada Río Nazas) ubicada en la avenida Hidalgo, entre las calles Mariano López Ortiz y Niños Héroes, para recoger galeras o llevarlas ya tupidas de enmiendas. Recuerdo que aquella fue la única vez que vi un linotipo, máquina que entonces ya había recibido la puñalada de muerte asestada por las computadoras.

Gilberto y yo no sabíamos editar ni folletos, así que el poemario *Exhumación de la imagen* apareció sin página legal, sin colofón y casi sin portadilla. De milagro sabemos la fecha aproximada de su salida gracias a que el prólogo de Saúl Rosales termina con un “Torreón, Coah., noviembre de 1985”. Saúl Rosales, como dije hace algunos párrafos, era nuestro mánager, la figura que nos convocaba y nos daba seguridad para crecer, así que sus palabras liminares eran un imprescindible espaldarazo al joven poeta. El libro de 65 páginas tenía en su tapa un dibujo de Cesáreo Aguilera, en la cuarta una foto de Gilberto en clave mística y una ficha biográfica que a falta de mayor currículum apeló a una cita del autor (“Situado al pie de la montaña, debo reconocer que apenas inicio la avanzada en el dificultoso alpinismo de la poesía”), otra del prologuista y los nombres de quienes configuraban el grupo literario Botella al Mar, fueran o no miembros de planta. La dedicatoria fue plural: a su padre fallecido hacía doce años, a su madre (nuestra querida doña Licha), a sus hermanos y a sus amigos (los “náufragos terrestres”) del Botella al Mar.

En el prólogo, Rosales Carrillo destacó la solvencia literaria de Gilberto; resaltó que en sus poemas “hay riqueza metafórica que opera en el ánimo de sus lectores como sucesión de luces. Ostentan también la revigorización del sustantivo y el redescubrimiento de las posibilidades de la adjetivación aprendida en un maestro de ella, en Ramón López Velarde”. Luego, un rasgo caro en el hacer del joven escritor: “La fe de Gilberto Prado Galán en la palabra poética es tan grande como el recipiente de la imaginación”. En el cierre de su acercamiento, el prologuista observó que Gilberto “es exhumador de imágenes, de evocaciones que provocan evocaciones que provocan evocaciones y así ilimitadamente porque la imaginación del poeta no tiene linderos”.

Las palabras de Saúl Rosales subrayaron desde ese primer libro las virtudes de un escritor lagunero que unos años después conquistó, casi de la nada y con las solas armas de su razón, sin relaciones, sin internet, con su pura fe en la palabra, los premios más importantes del país en el género de ensayo (como el Lya Kostakowsky que dictaminaron Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes y Eduardo Galeano). Alguien opinará que entre la poesía y el ensayo hay un abismo; es cierto en muchos casos, pero lo asombroso es que Gilberto logró hermanar la crítica con una prosa en registro tercamente poético, el mismo registro que reverbera en *Exhumación de la imagen*.

El primer libro de Gilberto fue además el primer libro del Botella al Mar. Como empezábamos en el oficio, todos nos sentimos orgullosos con el logro, lo compartimos y lo festejamos. Contra lo que podamos calcular cuando ha pasado un cuarto de siglo de aquel brote inaugural, no se trataba de un trabajo inmaduro. Quizá podamos decir de algunos pocos poemas que en efecto delatan la edad de su creador,

su estatus de artista en formación; la mayoría, sin embargo, enseña un temple sorprendente, una garra de escritor ya hecho. Gilberto tenía apenas 22 o 23 años cuando armó su *Exhumación...* Eso no le impidió escribir con una belleza y una penetración literalmente inéditas en La Laguna. Debido a su condición de libro marginal, *Exhumación...* es el libro menos conocido de Gilberto y creo que habita en él no el boceto de lo que luego albergarían otros libros de su cosecha, sino la evidencia incontestable de que su autor había nacido al mundo editorial con filo de katana.

Fue compuesto en tres partes: “Primer recuento amoroso”, “Libertad sin brazos” y “Tres poemas no agrupados”. En la primera aparecen trece poemas donde el autor explora su todavía breve pero ya significativa experiencia afectiva; la segunda propone ocho piezas de corte reflexivo y cuestionador, y, la última, tres largos y poderosos poemas donde el poeta, un joven muy adelantado, se descara como propietario de las herramientas verbales, conceptuales y sonoras óptimas para realizar un peritaje a sus vivencias más entrañables, las vinculadas a la muerte y a su condición de hombre frente a los espinosos enigmas de la vida.

No quiero parecer exagerado ni profeta a destiempo, pero desde aquellos primeros frutos del talento y la vocación, con mis modestas luces de joven condiscípulo, sabía que en el porvenir de Gilberto estaban ya dispuestos, en este orden, muchas obras importantes y reconocimiento. Ahora, cuando ha llegado a los cincuenta y su *Exhumación...* a los 25, lo felicito y me felicito por haber cultivado su lúcida y generosa amistad.

COMARCA LAGUNERA, 27, AGOSTO Y 2010

## El bato notable

Entre los varios libros que por exceso de precariedad no he podido llevar a las prensas tengo uno que no me pertenece, pues se trata de una especie de antología o, para ser más preciso, de muestrario. Su título tentativo es explícito: *Catálogo de textos raros*. No se trata de un ladrillo, sino de una *plquette* (una *flquette*) que a lo mucho rasguña las sesenta páginas. Su valor no está allí, estoy seguro, sino en el formidable contenido que a lo largo de algunos meses pepené aquí y allá, en libros sobre todo. Son, como el título de la publicación lo declara, textos que por alguna característica determinada me parecen raros, es decir, ajenos a lo que comúnmente colocamos en tal o cual género ya perfectamente conocido. Agrupo en ese libro todavía nonato, para que nos demos una idea, piezas como la greguería (humor + metáfora = greguería, según la fórmula de su inventor, Ramón Gómez de la Serna), el caligrama (texto-dibujo), el poemínimo (poesía + *boutade*, inventada por Efraín Huerta), la jitanjáfora (el enunciado con palabras que son sólo sonido sin significado, según Alfonso Reyes), las “voces” (aforismos creados por Antonio Porchia), los “periquetes” (frases abruptamente lúdicas de Arduo Suaves), entre otras.

---

Publicado en la columna “Ruta Norte” del diario *Milenio Laguna* el domingo 12 de septiembre de 2010. Leído antes en la presentación de *A la gorda drógala (el mundo de los palíndromos)* celebrada en el Museo Regional de La Laguna. Participamos Gilberto Prado Galán, Carlos Reyes y yo.

Un lugar destacado del catálogo es ocupado —no podía faltar— por el palíndromo, es decir, por esas palabras y a veces frases y a veces párrafos y muy pocas veces páginas que tienen la extraña costumbre de regresar por donde vinieron, de cifrar letra por letra un mensaje perfecto de ida y vuelta. Para llenar el espacio que le dedicaría al palíndromo no me la puse nada difícil. Así como apelé a escritores lejanos en el tiempo y en el espacio para armar mi crestomatía (De la Serna, Porchia, Reyes), tomé algunos contemporáneos. Uno de estos, el más cercano a mis afectos, es Gilberto Prado Galán.

Digo que no batallé para localizar al autor de los palíndromos que me servirán de modelo en el casillero correspondiente porque desde hace dos décadas sé del fervor que Prado Galán tiene por la escritura reversible. De hecho, una de las experiencias que acaso puedo presumir de nuestra amistad fue ver el nacimiento de esa pasión, el instante en el que un joven palindromista quebró el cascarón de la zorra y el abad y de Anita y la tina a picotazos de ingenio. Yo fui, por ello, uno de sus primeros musos, pues de mi nombre hizo el inmortal “Yo, de mí, a Jaime doy”. Vi entonces los preparativos de despegue, la forma en la que del hangar sacó el cohete que lo ha llevado hoy a una galaxia poblada por 26,162 coruscantes frases jánicas. Ahora, gracias *A la gorda drógal*a, libro que presentamos este mediodía, Gilberto nos ofrece un tratado con seis capítulos donde alberga todo lo que cualquiera desearía saber sobre esta gimnasia y esgrima de la palabra, obra que no dudo en calificar de extraordinaria por lo lúdica, inteligente y difícil.

Gilberto ha recordado en el primero de sus ensayos (“Pasión por los palíndromos: historia de una monomanía”) que hace diez años escribí un artículo sobre el tema. No era nada

erudito, pero creo que para ser un profano no me quedó tan mal la explicación. Califiqué al palíndromo como “arte para servilletas”, esto porque jamás olvidé que los primeros frutos de este esfuerzo gilbertino fueron asentados en las reuniones de café que celebrábamos a finales de los ochenta; allí Prado Galán, entre charla y charla, se quedaba un rato absorto, tomaba una servilleta y de golpe amonedaba un centenario nuevo. Fue allí donde nació “el bato notable”, un palíndromo de Gilberto que también puede ser entendido como autodefinición.

Dije allá más o menos eso así: Cuando me lo preguntan, siempre digo que el palíndromo es “un arte para servilletas”, un juego verbal para hacer más creativa y llevadera cualquier espera en el café, y en ese sentido puedo agregar ahora que la impuntualidad de los amigos es, para muchos palíndromistas, el verdadero detonante de la invención. Aunque ya todos lo saben, me refiero aquí, cuando hablo de palíndromo, al generalmente pequeño artefacto verbal que puede ser leído de derecha a izquierda y al revés, de izquierda a derecha, todo en perfecta simetría.

No es fácil, aunque a veces lo parezca, trabar buenos palíndromos. Las reglas no escritas sobre este microgénero literario son básicamente dos: A) la obvia, que las frases puedan ser leídas al revés y digan lo mismo, y B) que el palíndromo tenga un mínimo sentido dentro de su simplicidad, una lógica. Ejemplos ya sobados, conocidos por cualquiera, son “Anita lava la tina”, “arrima la mirra”, “dábale arroz a la zorra el abad”. Esos son, por así decirlo, los palíndromos emblemáticos, aquellos que cualquiera cita (como yo en esta nota) cuando se habla de palíndromos.

Hasta allí algunos de mis recuerdos sobre aquella exposición en la que traté el tema con las uñas de mi modesto

conocimiento. Ahora, Prado Galán ha desbrozado el camino para llegar a una inteligencia plena del palíndromo. Sus seis acercamientos permiten apreciar los secretos, las costuras, los detalles, la magia de este juguete verbal con el que su autor se ha colocado en un podio de excepción en la literatura de nuestra lengua.

Publicado en la segunda tanda de cuadernillos de editorial *Arteletra*, *A la gorda drógala* da fe de la vocación no digo palindromista, sino literaria toda de Gilberto Prado. Su esmero en el trato de la palabra queda demostrado en cada página cuando asimismo él procura adentrarnos al microcosmos de los palíndromos. Los legos jamás imaginamos que un artefacto de letras pudiera esconder tantos secretos y engarzar tantas perlas. Es, en efecto, un mundo el que habitan quienes han abrazado la teoría y la praxis del palíndromo, de manera que este libro es el producto de una especialización dentro de la especialización literaria.

“Cuadrados mágicos en español: una aproximación a los palíndromos geométricos”, “Los palíndromos imposibles”, “Un acercamiento a los palíndromos onomásticos”, “Los palíndromos infinitos”, “Así la vida daré” y el ya mencionado “Pasión por los palíndromos” forman el cuerpo entero de este libro que si no fuera literario yo diría que es algebraico, pues algo tienen los palíndromos que se asemeja a la peculiar delicadeza de la matemática. Quiero llamar la atención sobre un rasgo muy estimable en *A la gorda drógala*: que traza en cada tema un despejamiento, llamémosle así, teórico, y al mismo tiempo nos ofrece abundantes ejemplos que socorren la comprensión de cada tema. Así, este libro (por cierto, muy bellamente armado por Armando Oviedo, su editor) nos obsequia una visita guiada, de ida y vuelta, donde escuchamos con los

ojos las explicaciones y de inmediato gozamos de las piezas que demuestran lo afirmado. No quiero robar el goce y la sorpresa que el lector por sí mismo puede hallar en cada página. Sólo adelanto tres bocadillos: “Romano: con odio oírás tiro tu autoritario oído, no con amor”, “Allá mama su seno pelón, no le pone Susana malla”; “Ateo parecerá, parecerá poeta”. Son de los sencillitos, pues no cito aquí un cuadrado mágico o “Así la vida daré”, un ente descomunal —un ser sólo comparable en México con *Las vocales malditas* de Óscar de la Borbolla—, pues se trata de ocho páginas a renglón apretado (17 grandes párrafos) que cuentan una historia legible de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, toda ella un palíndromo compacto (no una acumulación de palíndromos). Es demasiado, algo que parece dictado desde el más allá de las palabras, un mecanismo de apabullantes 12016 caracteres sin espacios. Por esto digo que Gilberto es el bato notable, un orfebre verbal atípico, y me quedo corto si consideramos que sus desafíos han pisado terrenos inholados por la escritura en nuestra lengua.



## Sorberé cerebros, orbe palindrómico

Como se lo dije ayer por mail, 2010 fue el año de la consagración palindrómica de Gilberto Prado Galán. A la gorda drógala, el mundo de los palíndromos (Arteletra, México, 39 pp.); *Efímero lloré mi fe* (26162 palíndromos) (Ediciones Sin Nombre/Arteletra/Instituto Coahuilense de Cultura, México, 484 pp.) y *Sorberé cerebros: antología palindrómica de la lengua española* (Colofón, México, 146 pp.) son los tres títulos, para no variar palindrómicos, del escritor torreonense que con esto se colocó ya definitivamente entre los ludistas consumados del castellano, entre esos escritores que más allá de las funciones prácticas de la lengua se han regodeado con ella para darnos, en este caso, frases-cangrejo, expresiones jánicas.

Se trata pues de tres libros que salieron, como se dice en el beisbol con los jonrones consecutivos, “espalda con espalda”. De agosto a diciembre, Prado Galán vio saltar de la imprenta su trilogía retrolegible. Primero *A la gorda drógala*, racimo de ensayos en los que fatiga el tema de la palindromía, sus engranes interiores. Luego, un libro que todavía no tengo y es, si no me equivoco, el más grande esfuerzo palindrómico en la historia del español; me refiero a *Efímero lloré mi fe*, esos 26162 palíndromos almacenados en una pirámide de 484 páginas que apenas, porque la vi un instante, pude creer. Como si esto no bastara, en diciembre remató

---

Publicado en la columna “Ruta Norte” del diario *Milenio Laguna* el sábado 8 de enero de 2011.

con *Sorberé cerebros*, una antología que da idea puntual sobre la materia del palíndromo ejercitado en todos los rumbos donde alguien ha querido jugar con el castellano de ida y vuelta.

*Sorberé cerebros* convida a 54 comensales. Uno de ellos, el menos hábil, escribe estas líneas. Como es de suponer, se trata de un libro hartó misceláneo, pues aunque parezca, por el tema, que de aquí podía salir un libro más o menos reiterativo, el orbe del palíndromo es variado: digamos que ninguno de los palindromistas obtiene lo mismo con su esfuerzo: del palíndromo más común, el que configura una frase así nomás, de ida y vuelta, pasamos al que traza un poema palindrómico, o un cuento, o un *palincito* con nota liminar, u otro sólo onomástico, y así más.

Entre los nombres figuran muchos famosos, escritores conocidos por toda la fanaticada: Arreola, Bonifaz Nuño, Cabrera Infante, Cortázar, Gerardo Deniz, Juan Filloy, Augusto Monterroso, Julián Ríos. Junto a ellos, otros que quizá son conocidos entre la comunidad dedicada de lleno a la palindrotecnia, como Darío Lancini, Pedro Ruiz, Víctor Carbajo. Y muchos más, todos con algo que ofrecer para que leamos en zigzag. El total, lo que incluye una feliz nota introductoria del feliz antólogo y una ficha biográfica de cada autor convocado, hace de *Sorberé cerebros* una cartografía inmejorable del universo dedicado al palíndromo en español.

¿Ejemplos? Cada página tiene muchos de veras divertidos, algunos apantallantes. Tomo ahora el libro y lo recorro un poco al azar, desde el principio; donde lo abra hay algo digno de paladeo: “El bonaerense es, Nerea, noble” (Alberto Abia); “Ema da luz azul a Dante” (Arreola); “Oye, rápate: te taparé yo” (Aurelio Asiain); “Sé brutal y no la turbes” (Boni-

faz Nuño); “Trazó mal a Mozart” (Carbajo); “La calaca allá, acá la cal” (Marco Colín); “René teme tener” (Óscar René Cruz); “Solapan a rata mal; la matarán a palos” (Eladi Erill); “Ya gime mi gay” (Francesc Ferreter Segalà); “Sólo di sol a los ídolos” (Filloy); “¡Se dio: la Clara suele usar alcaloides!” (Josefet Fuentes); “¿Leí “hielo” o leí “hiel”? (Ramón Giné Farré); “Oír es raro; orar, serio” (Juan David Giraldo); “Seda de comodino sonido: Mocedades” (Miguel González Avelar); “Elba cortó ese otro cable” (Otto Raúl González); “Damas: oíd a Dios amad” (Carlos Illescas); “Leí, puta, tu piel” (Darío Lancini); “Soñar ópalos, sola, por años” (Ernesto Larios); “Leí menú... ¡ya sé!... desayuné miel” (Tomás Lipgot); “Sones y senos” (Carlos López); “A tu paloma amó la puta” (Fernando López Cortés); “Acá solo Tito lo saca” (Monterroso)... son muchos, muchísimos, tantos como para emprender una lectura ojipelona y divertida de este carnaval con la palabra, de este juego “amoroso y peligroso” del que habla Gabriela Warkentin en la cuarta, un juego siempre disfrutable cuando pasa por las manos de Gilberto Prado Galán, “el bato notable”.



## El género tuitero de Gilberto Prado Galán

El sistema de blog brevísimo llamado Twitter acaba de cumplir cinco años de vida. En ese corto lapso ha logrado una clientela impresionante de suscriptores, lo que da una idea concreta, acabada, de los vientos que soplan actualmente en la comunicación. Todo debe ser rápido y breve, parece ser el mensaje al menos en el mundo de la tecnología. Lo que vino a producir internet es, sobre todo, un flujo irrefrenable y descomunal de contenidos, y esto ha condicionado una sintaxis atenta a la concisión, al achicamiento del discurso si el deseo del emisor es ser numerosamente decodificado. Aunque los admite, atrás quedaron los tabiques de texto a los que nos acostumbró el papel. La realidad ahora es, nos guste o no, rápida y escueta, además de simultánea.

Traigo a Twitter como ejemplo de todo esto porque tal sistema de comunicación resume como ningún otro un nuevo abordaje, aunque por suerte no el único todavía, de la escritura. Quien desee más y más datos sobre un tema específico, puede hallarlos con facilidad en la misma red, pero la transmisión de las líneas generales pasa hoy, forzosamente, por la brevedad. Es el caso de los grandes reportajes: están en internet, pero la forma que ahora tienen para

---

Texto leído el jueves 17 de marzo de 2011 en el Teatro Nazas durante la presentación de *Efímero lloré mi fe*. Participamos Julio César Félix Lerma, Gilberto Prado Galán y yo.

llegar al público es primero breve y veloz, de fisonomía tuitera, apenas de una línea que opera como anzuelo.

El reportaje, la novela, la crónica y otros géneros periodísticos y literarios de amplia matriz tienen esa obligación y esa dificultad, no así otros que ya de por sí eran breves o son creaturas diseñadas ex profeso para navegar en la red. El epigrama, el aforismo, el microrrelato, ya estaban allí antes de internet y se amoldaron con facilidad al nuevo dispositivo del mensaje cifrado en poco texto. Un caso igualmente paradigmático es el del palíndromo. Escrito desde hace muchísimo tiempo, halló en internet, y específicamente en Twitter, un campo de acción ideal, perfecto casi para transitar con lujo de eficacia por la supercarretera. Si bien puede tener una extensión amplia, lo habitual es hallarlo en formato corto, razón por la que cabe de maravilla en el corsé de 140 caracteres permitido por el envase tuitero.

Así entonces, junto con su *boom* palindrómico de 2010, año en el que publicó tres libros sobre el tema, Gilberto Prado Galán encontró en Twitter un plataforma ideal para los palíndromos de su feraz cuño, de suerte que ya es, creo, el máximo exponente mundial de algo que me atrevo a considerar, si me lo permiten, un novedoso género tuitero. En efecto, Gilberto Prado ha combinado con gran oportunidad su dominio del palíndromo con el del Blackberry y el de Twitter. Con esos tres ingredientes ha encontrado la fórmula para que las frases de ida y vuelta tengan más seguidores que los imaginados jamás por la palindrofilia mundial. Desde hace algunos meses, todos los días nos regala con una o dos o tres piezas de su infatigable producción, lo que ha creado en torno a su figura una especificidad claramente destacada entre los miles de usuarios avecindados en la urbe tuitera.

No sé si los palíndromos que cuelga en Twitter son inéditos, si los acuña de botepronto o si ya han sido guardados en sus arcas bibliográficas. Es lo de menos, pues lo sé capaz de componer palíndromos en el aire y también lo sé generoso como compartidor de los que ya han sido publicados. Son tantos, y almacena tantos más en la imaginación, que si publicara uno diario necesitaría los años de Matusalén para poder convertir toda su producción en carne de tuíteo.

Más allá del debate sobre la pertinencia o la utilidad del juego (él ha preguntado para qué sirven un cuadro, una obra musical, una pirueta dancística), el caso es que se trata de un ejercicio cuya materia es humana, demasiado humana, es decir, la palabra, y ya con eso hay razón suficiente para tenerle aprecio, más todavía si aceptamos que al lado de la comunicación verbal común, siempre legible de izquierda a derecha, Gilberto y sus colegas nos convidan a celebrar el bello asombro de la lectura reversible.

Ese asombro terminó por estallar en 2010, año elegido por Gilberto para colocar su bandera en el Everest de la palíndromía mundial. Publicó tres libros: *A la gorda drógala*, que contiene más bien acercamientos al espécimen; *Sorberé cerebros*, un muestrario que da cuenta de la fervorosa práctica del palíndromo entre los usuarios del castellano; y el libro que esta noche nos anima: *Efímero lloré mi fe*. Tuve ya la suerte de comentar los otros dos, y sobre este tercero se me acabaron los elogios. Ahora bien, no los necesita, ni los míos ni los de nadie, pues *Efímero lloré mi fe* se defiende solo, con su pura corpulencia, pues se trata de un ladrillo con 26,162 palíndromos que genera en cualquier receptor, al principio, un rictus de incredulidad, y luego de respeto cuando se advierte que se trata de un monstruo, el más grande monstruo

concebido en español con bichos textuales que caminan de ida y vuelta.

*Efímero lloré mi fe* es un libro que por su peculiaridad hace imposible todo resumen. La mejor manera de sintetizarlo, la única, dado que no se trata de una historia, es citando completas sus 484 páginas. No lo haré, claro. Sólo reitero que estamos ante la presencia de un campeón olímpico, de alguien que en un caso específico de la infinita actividad humana tiene récords o al menos se instala entre los mejor ranqueados del planeta.

Alguna vez escribí un artículo sobre los palíndromos y era Gilberto el móvil invisible de aquella reflexión; denominé al palíndromo “arte para servilletas”, ya que muchas veces vi a Prado Galán escribirlos sobre una servilleta en los cafés Benavides o Los Globos. Hoy añado, pensando otra vez en Gilberto como modelo, que los palíndromos son un arte para Twitter, acaso el ideal entre todos los juegos con la palabra para un modo de comunicación que sólo admite 140 caracteres por envío. Tenemos *Efímero lloré mi fe* como gigantesca base para leer palíndromos de Gilberto Prado Galán, y tenemos ahora el Twitter como plataforma de despegue para muchas piezas más nacidas en su permanente fragua: @gilpg

COMARCA LAGUNERA, 17, MARZO Y 2011

## Andadura del Botella al Mar

La causa remota del grupo literario Botella al Mar se encuentra en el regreso de Saúl Rosales Carrillo a la Comarca Lagunera. Luego de veinte años de radicación en el Distrito Federal, Rosales Carrillo volvió a Torreón en 1981 y de inmediato comenzó, quizá sin darse cuenta, a configurar un movimiento literario cuyo valor sigue vigente, produciendo. En aquel momento, el autor de *Iniciación en el relámpago* consiguió un empleo modesto en *La Opinión* y, casi simultáneamente, cursos de literatura y periodismo en el Instituto Superior de Ciencia y Tecnología, A.C. (Iscytac, hoy La Salle, en Gómez Palacio, Durango). El azar, a veces no tan mezquino, permitió que en el periódico le encomendaran la coordinación del suplemento cultural dominical, un tabloide de ocho páginas.

---

Prólogo al cuarto tomo de las antologías de literatura coahuilense. En este caso, es una reedición del libro *Botella al Mar, crestomatía narrativa*, publicado en 1990. Contiene relatos de Saúl Rosales Carrillo, Gilberto Prado Galán, Enrique Lomas, Pablo Arredondo y yo. Las cuatro antologías de literatura coahuilense fueron publicadas por la Coordinación General de Difusión Cultural y Extensión Universitaria de la UAdeC a cargo en 2011 de Alfonso Vázquez Sotelo. Además de aparecer en el libro mencionado, este prólogo fue publicado en agosto de 2022 en la revista *Acequias* (número 88) de la Ibero Torreón.

Ya allí, Rosales Carrillo hizo de las suyas, habilitó lo aprendido como editor, escritor, periodista y maestro en la capital del país. Dado que la producción local era escasa y/o de poco valor, las páginas de la *Opinión Cultural* fueron generosamente habitadas por textos de autores que en tales tiempos preinternéticos no deambulaban habitualmente en los diarios de La Laguna. Dueño de una biblioteca personal bien nutrida y armada con exigente gusto en la capital de México, el joven editor —tenía entonces cuarenta años— puso a merced del lector lagunero, del lector de a pie, los nombres de Carpentier, Cortázar, Sor Juana, Vallejo, Vargas Llosa, Lezama, Borges, Faulkner, Hemingway y muchos más, de quienes publicó fragmentos de obras famosas o aproximaciones críticas que servían para medir el tamaño de sus importancias como artistas de calibre subido.

Junto a los tótems, no faltó la presencia de escritores laguneros, algunos de ellos jóvenes a los que en poco tiempo se les abrieron páginas frecuentes donde pudieron publicar sus poemas, cuentos y ensayos. Rosales Carrillo operó pues en dos ámbitos bien combinados: el periodismo cultural y la docencia. Gracias a sus clases universitarias de literatura y periodismo trabó contacto con alumnos que a veces escribían algo lo suficientemente decoroso como para ser publicado, y gracias a su trabajo como editor del suplemento consiguió desahogar un considerable número de textos que de otra manera hubieran terminado en una simple calificación escolar. Fui, y perdón que me ponga de caso, uno de los beneficiarios de aquella dinámica: recibía clases formales de Saúl Rosales y como sabía que además coordinaba el suplemento cultural de *La Opinión*, un día cualquiera lo abordé con unas temblorosas cuartillas. Eran tres o cuatro poemas, por llamarlos así, de mi primeriza

hechura. Mi maestro las tomó, sin duda vio que no servían pero tal vez quiso, apiadado, estimular al joven aprendiz de escritor. Así, un septembrino domingo del 84 vi y sentí lo que muchos contemporáneos y coterráneos míos de aquella época: mis poemas aparecieron en una página del tabloide y, tras esa felicidad inaugural, no he dejado de publicar en todos los medios al alcance de los dedos que aquí tectlean esto.

Lo que cuento no me ocurrió sólo a mí. Sé, porque la vi y la leí y conservo gran parte de aquella hemerografía, que varios tundemáquinas en ciernes procedieron igual con Saúl Rosales: lo sabían editor de un suplemento, percibían su generosidad y aprovechaban la coyuntura para arrimar textos que en la mayor parte de los casos aparecían poco después en alguna de las ansiadas páginas.

Fue por esos días cuando se dio una feliz coincidencia: en momentos distintos, cada cual por su lado, algunos escritores recién publicados en la *Opinión Cultural* le pedimos a Saúl que nos reuniéramos para formar una especie de grupo literario, acaso un taller. Recuerdo que Enrique Lomas y yo, estudiantes de Comunicación de tercero y quinto semestres en el Iscytac, respectivamente, además del psicólogo Gilberto Prado Galán y el ingeniero Héctor Matuk, propusimos a Saúl idéntico plan: la creación de un grupo literario. Lo hicimos sin ponernos de acuerdo, casi como si fuera una necesidad que el mismo maestro y editor nos inspiraba. Fue así como a mediados de los ochenta, creo que en agosto del 84, para ser preciso, nos reunimos por primera vez en la casa de Enrique Lomas. Esa casa estaba en la calle Galeana, entre Juárez e Hidalgo, al lado de una peluquería de las de antes, con caramelo rojiazul y toda la cosa. Asistimos Saúl, Gilberto, Enrique, Héctor y yo. Aquello se dio de

maravilla y a partir de allí no dejamos pasar un sábado sin la reunión ordinaria que con el tiempo ya ni convocatoria requirió. Todos sabíamos que los sábados de cinco de la tarde a doce o una de la mañana, los integrantes de aquel grupo literario debíamos apersonarnos en determinado sitio para, con el pretexto de tallerear, dedicarnos a beber, reír y chismorrear sobre temáticas misceláneas, además de literatura y muchas veces, con énfasis muy zurdo, de política.

Aunque siempre supimos aceptar nuevos integrantes, pues el Botella al Mar jamás se manejó formalmente como grupo ni gozó de apoyo oficial ni privado de ninguna índole, los nuevos asistentes solían ir unos cuantos sábados y luego, sin decir más, desaparecían. Recuerdo especialmente a dos de los participantes fugaces en el grupo: María Elena Niño, una buena poeta lerdense, y Rodrigo Marrero, un jovencito que muy pronto optó por la música. Poco después de fundado, eso sí, pasó que Héctor Matuk, uno de los originadores del Botella al Mar, dejó de asistir y se integró Pablo Arredondo Rodríguez. Así, entre la entrada y la salida de interesados que luego identificaríamos como “población flotante”, el grupo literario Botella al Mar trabajó cerca de seis o siete años con una base de cinco miembros tercicos: Saúl: poeta, narrador y ensayista; Gilberto: poeta y ensayista; Enrique: poeta y narrador; Pablo: poeta; y yo: narrador. Años después, ya en el ocaso del taller, llegaron tres amigos a los que tal vez les tocó vivir el fin definitivo: los escritores Gerardo García Muñoz, Fernando Fabio Sánchez y Édgar Valencia.

Cada sábado era entonces, como insinué, nuestro día más esperado, pues durante sus tardes y sus noches podíamos convivir en torno a la literatura, el trago y las carcajadas que nunca escasearon dada la gracia y la inteligencia de, sobre todo, Gilberto y Enrique. Mentiría si dijera que todo

el tiempo hablábamos solemnemente sobre cuentos o poemas, sobre autores o estilos. Más bien ocurría lo contrario: nada, ningún tema propiciaba que nos pusiéramos graves. Si alguien leía, por ejemplo, un poema, comentábamos sus virtudes y sus defectos, sí, pero siempre con un tono que estaba cerca de la risa y a veces, cuando el texto era indefendible, de la franca y amistosa burla, si se puede decir así. Lo extraño es que entre nosotros no nos enojábamos. Sé que la “población flotante” se desconcertaba, en efecto, con los análisis zumbones, pero nosotros nos acostumbamos pronto a tolerar cualquier puyazo siempre y cuando proviniera de alguno de los nuestros. El fuego amigo, en suma, nunca nos lastimó.

En cuanto a las personalidades y los talentos que yo percibía entonces, es claro que la voz más autorizada y casi incontestable la ostentaba Saúl, esto con absoluto derecho. Él no se imponía, sin embargo; antes bien nos dejaba hablar, nos dejaba reír hasta que al final de cada análisis remataba con comentarios centrados y no pocas veces severos, demolidores. Por su formación y su edad, era obvio que sus referencias fueran mayores y mejores. Por eso no faltaba que Saúl, ante tal o cual texto ingenuo de alguno de nosotros, recordara a tal o cual autor casi para recomendarnos/enjaretarnos su obligada lectura (fue así como hice mi lista personal de autores desconocidos y por conocer). Saúl bebía poco (sobre todo ginebra), nunca fumó, casi se sentaba recostado en los sofás y siempre disfrutó mucho, se le notaba en el gesto, la conversación de los otros, los amigos/alumnos que estaban bajo su discreta tutela.

Gilberto Prado Galán, lo he dicho y escrito desde que lo conozco, fue siempre el más adelantado, un genio vivaz y memorioso, un dechado de humor inteligente y una sensi-

bilidad poderosamente dotada para el manejo de la palabra más profunda y bien escrita. Retengo con toda claridad la primera impresión que me provocó y las sucesivas impresiones que siguió y sigue provocándome: a los 24 años parecía haberlo leído todo y, más que eso, parecía que todo lo almacenaba incluso textualmente en el portento de disco duro con el que fue equipado. Citaba poemas completos de los autores más diversos, recordaba pasajes completos de filósofos, teólogos, psicólogos, lingüistas, escritores, y todo esto lo aderezaba con un registro pormenorizado de canciones populares, calambures y datos jocosos de la farándula y el deporte. Jamás le leí una cuartilla hueca o contrahecha, y alguna vez aseguré que el Botella al Mar estaba cabalmente justificado con la pura presencia de Gilberto. Creo, casi treinta años después, que no me equivoqué. El Gilberto geniecillo que traté en 1984 es ahora un escritor maduro, respetado y atestado de justo reconocimiento. Tenía otra virtud: era dispendioso y no lo arredraba ningún trago.

A Enrique Lomas Urista lo conocí en agosto de 1983, cuando ingresó a la misma escuela en la que yo simulaba estudiar la carrera de Comunicación, el Iscytac. No sé quién nos presentó, pero el caso es que juntos pedimos a Saúl Rosales el armado, así fuera con las uñas, de un taller literario. Lomas —siempre le dijimos así: “Lomas” a secas— era un jovencito de buena facha, con voz grave aparentemente solemne y hecha para decir poesía y prosa terriblista, dolorida, existencial. Lo extraño de Lomas, lo paradójico de Lomas, es que su visión penumbrosa de la vida no abortó nunca su humor, su humor denso y negro, siempre cuajado en metáforas que en su agrio surrealismo conllevaban gestos rayanos en la hilaridad. Cada cuento, cada poema leído por él y juzgado por nosotros era un festín: a veces era tan

solemne y cargado de tintes fatalistas que no podíamos pasar de las primeras líneas sin reír a cántaros; y no era tanto el texto, sino el seco dramatismo que el autor imprimía en la lectura lo que nos movía a disfrutar como niños sus participaciones. Lomas jamás pareció ofendido, pues a cada miembro se le aplicaba una quebradora similar: leía y todo motivaba no pocas bromas, un examen de taller que jamás condescendió al almidonamiento.

Ya comenté que Pablo Arredondo llegó al grupo un poco después. No sé quién lo invitó, pero desde el principio se mostró como lo que es: un tremendo poeta, un hombre esencialmente reservado, silencioso, hasta tímido. Era sin duda el integrante del Botella al Mar con menos inclinación humorística. Cierto que sabía sonreír con las bromas, que jamás se quejó del clima zumbón que reinaba en las reuniones, pero en sus poemas campeó siempre una fuerza literaria capaz de penetrar cualquier escondrijo del dolor humano. Siempre me impresionó de Pablo, y me impresiona aún, que detrás de su modesta apariencia, de su bajo perfil, de su sosegada manera de ser, se esconde un ser que grita con los versos, un poeta que sabe expresar con imágenes hermosas la deshumanización del hombre y su envés: la generosidad, el amor, la honradez, que también eso es el ser humano aunque más escasamente.

En cuanto a mí, sólo anoto que crucé de lado a lado los años del Botella al Mar. Fui para todos un narrador de ambos costados, y aunque de vez en vez intenté hacer versos, la verdad es que en poesía jamás pude tomarme muy en serio. Al formar el grupo mis lecturas eran hartó pobres y apenas había escrito algunos cuentos, o desahogos, de autoconsumo. Como ninguno, eso sí, creo que fui consciente de que algo importante o presuntamente valioso

estábamos haciendo, o al menos deseaba creer en eso, así que guardé papeles, configuré una especie de archivo con varias de las publicaciones que fuimos haciendo en aquellos años de calistenia. Y no me engaño: para mí el Botella al Mar no fue lo poco que escribí y aproximé al rudo dictamen de los amigos, sino lo que oí: los comentarios de todos, y más los de Saúl, llevaban implícito el nombre de escritores y de libros, así que me di a la obligación de comprar y leer lo que era citado como valioso e imprescindible. El taller fue entonces, para mí, una verdadera escuela de literatura, la desenfadada carrera de Letras que jamás hemos tenido en La Laguna pero que yo hallé entre mis amigos del Botella al Mar.

Presentados los coequiperos, ¿qué pasó para que llegáramos a la primera publicación colectiva? Antes de que perpetráramos dicho libro todos habíamos publicado algunos de nuestros ejercicios en las páginas de revistas y periódicos. No muchas, no muchos, pues La Laguna no se caracterizaba en los ochenta, ni ahora, por contar con un gran número de publicaciones accesibles a lo literario. Entre el 86 y el 89, con el taller en su apogeo, ganamos algunos concursos locales (el Magdalena Mondragón, los juegos florales —juegos florales, qué cursilería!— del Is-cytac) y dos premios nacionales del INBA: el de ensayo para crítica de arte que ganó Gilberto en Monterrey y el de narrativa joven que me agencié en Aguascalientes. Para entonces, lo único que teníamos publicado o por publicar en esas mismas fechas eran tres opúsculos de Saúl (uno de poesía y dos de ensayo histórico) y un libro de cuentos; Gilberto uno de poesía y yo uno de cuento. Era poco, así que no nos desagradó la invitación de Rogelio Villarreal Huerta para publicar en la recién abierta editorial Enorme.

Villarreal Huerta, editor que trabajó años en el DF, volvió a principios de los ochenta a su tierra, Torreón, y allí continuó con la confección de libros. Lanzó un primer lote y el libro *Botella al Mar*, *crestomatía narrativa*, llevó el número 1. De todos, creo recordar con vaguedad que Pablo fue el que más sufrió, pues su producción era básicamente poética y de golpe debió habilitarse como cuentista. Saúl juntó el material, lo organizó y fue él quien nos pidió escribir una especie de autopresentación burlona como puerta a cada una de las estancias del libro. Hoy me sonroja la mía, sobre todo esa primera afirmación en la que se nota que me obligaba burocráticamente a ser desdichado, que me auto-flagelaba con la idea románticoide de que la desolación es requisito *sine qua non* para trabajar en el arte. En fin, nada se puede hacer ahora para remediar mis juveniles estropicios.

No comento en esta presentación sonrojada y quizá irremediablemente nostálgica los contenidos del libro que no fue, obvio, una antología, sino una simple muestra, pues ya Gilberto Prado se extendió en el brillante prólogo de la edición original (febrero del 90). Sólo añado que *Botella al Mar* testimonia la amistad vivida en el grupo homónimo que trabajó e hizo una fiesta de la literatura durante cerca de siete años, poco más o poco menos. Tras el cese gradual, impensado, nebuloso de las reuniones, los integrantes seguimos adelante casi en lo mismo o en actividades afines: formamos talleres, publicamos, ganamos concursos, dimos clases, presentamos libros, editamos revistas, editamos libros, publicamos libros, alimentamos columnas, obtuvimos grados académicos, conferenciamos, nos casamos, tuvimos hijos, viajamos y padecemos/gozamos los altibajos que cualquiera padece/goza. Venturosamente, no hemos concluido, pues creo que seguimos en la práctica de lo mismo ya con

más colmillo; y bueno, algún día sacaremos las cuentas definitivas de los que fue y logró hacer, unido o disperso, el grupo literario Botella al Mar, esa extraña conjunción de “náufragos terrestres”, como nos rotuló uno de los nuestros.

COMARCA LAGUNERA, 17, SEPTIEMBRE Y 2011

## Inteligencia lúdica en *Los ojos de la Medusa*

Hay libros que pueden parecer breves, pero son como la poza que es apenas la superficie de ríos subterráneos. Su brevedad es sólo física, ya que bajo los renglones tienen tal densidad de información que es muy difícil pasar por ellos sin sentir la gravitación de una enciclopedia con numerosos tomos. Es el caso de algunos ensayos recientes de Gilberto Prado Galán (Torreón, Coahuila, 1960), como *Fragmentos del asombro* y, ahora, *Los ojos de la Medusa*. Se trata de libros en los que el mejor ensayista literario de La Laguna confirma dos destrezas que pocos saben combinar tan bien: una abundante carga de información y una facilidad refinadamente poética para expresarla.

Si bien Prado Galán ha encarado muchas formas del ensayo, es en algunos muy recientes donde lo siento ya plenamente encanchado. Forma y fondo conviven tan cómodamente en sus ensayos de esta índole que en ciertos momentos, arrastrados como vamos por el embrujo de su prosa, dan la impresión de haber sido escritos como quien ve el televisor, a pierna tendida sobre el taburete. No por otra razón dije en 2006, al presentar *Fragmentos del asombro*, lo que reitero a propósito de *Los ojos de la Medusa*: no

---

Texto leído en la presentación de *Los ojos de la Medusa* (Gilberto Prado Galán, UIA Santa Fe, México, 80 pp.) celebrada el 23 de noviembre de 2012 en el Museo Regional de La Laguna. Torreón, Coahuila. Participamos Héctor Matuk Núñez, el autor y yo.

ha perdido su exquisita belleza, su endemoniada acuñación de imágenes deslumbrantes, el colorido de su vocabulario inagotable, pero ha ganado en placidez, en una especie de sabio desenfado, en una desenvoltura de jugador que sabe perfectamente cuál es su tamaño y se permite todas las prerrogativas del estilo.

En efecto, el Gilberto Prado que se quita de encima los arreos del aparato erudito, que pone al margen el ensayo armado con instrumental académico, es un Gilberto Prado pleno en su agua y nadando alegre por todos los escondrijos del arrecife intelectual. A tal grado llega su destreza en este nado que nos ciega como lo haría un caleidoscopio: cuando vemos las figuras vidriadas y especulares de este juguete, no sólo nos vamos sorprendiendo ante la novedad de cada figura, y cada cristal (o sea, cada frase y cada párrafo y cada página y cada capítulo) es un motivo de pasmo. El lector, así, convive con un delicioso problema: ¿en qué me fijo si leo un ensayo de Gilberto Prado? ¿En el uso de alguna palabra sacada de su habitual sentido y colocada en otro como si allí comenzara una nueva historia de su significado? ¿En la frase cuyo ritmo parece acuñado durante horas y para servicio de la poesía más que de la prosa expositiva? ¿En el párrafo que redondea sin mancha una afirmación compleja? ¿En el guiño erudito, en la conexión vertiginosa de datos, en la precisión de las referencias, en el manejo recurrente del humor como sal y como pimienta de su jugosa enciclopedia? El lector, creo, tiene mucho qué mirar si pasa sus ojos por cualquier página de Prado Galán.

*Los ojos de la Medusa* es un libro, entonces, con virtudes misceláneas. Quien lo agarre de la mano será guiado por él y recorrerá un camino que lo colocará en el género tal y como lo imaginó Montaigne: el del ensayo libre, personal, muy

bien armado de lecturas apuntaladoras pero siempre con un enfoque en el que predomina el novedoso tratamiento de su asunto y el equilibrado juicio del autor, nunca el aserto gritón y dogmático.

Su tema es la cabeza, esa parte del ser humano donde se hospeda el mecanismo más asombroso inventado por la naturaleza: el cerebro. Desde ahí, es claro, está la novedad: un ensayo no precisamente médico ni filosófico, ni enfáticamente psiquiátrico ni nada de eso, sino literario, relajado, ameno, para escarbar como niño en el jardín donde florece la inteligencia del hombre.

Nunca lo he escrito y creo que jamás lo haré, pues con este ensayo a la vista siento que son innecesarias mis palabras: el cerebro es tan asombroso que es el único órgano capaz de saber que está pensando, es decir, de pensarse a sí mismo. Un brazo no sabe que es brazo, ni una uña sabe que es uña. Tampoco un melón entiende que es un melón, ni una mariposa comprende que es una mariposa. Menos: una silla no sabe que es una silla, o un neumático jamás comprenderá que es un neumático ni para qué demonios lo inventaron. El cerebro, en cambio, no sólo piensa en lo ajeno, sino en lo que le es inherente (es decir, piensa en el pensamiento), tanto que el cerebro sabe que es cerebro, para qué sirve, dónde está, qué enfermedades padece y algunas otras cosas que la ciencia ha descubierto. No sabemos —el cerebro no lo sabe exactamente— cómo piensa o qué son y dónde se encuentran exactamente resguardados los conocimientos/ideas/recuerdos, pero supongo que para allá avanzan las disciplinas que lo estudian, y alguna vez lo sabremos.

Sobre estas perplejidades, aunque se oiga muy borgesiano, ara el ensayo de Gilberto Prado. Lo hace discurriendo

por los terrenos de la historia, la psiquiatría y la literatura, siempre con un flujo expositivo tan rico en conceptos como divertido y no pocas veces revelador de referencias que establecen para nosotros puntos clarificadores, sí, y también detonantes de preguntas.

Pero no quiero insinuar que es el puro cerebro, sino la cabeza toda, su tema. Recuerdo por ello el ensayo de Montaigne sobre el dedo pulgar: todo es materia digna de ensayo, y así lo entiende Prado Galán, quien, por ejemplo, al comentar cierta parte de la cabeza, la lengua, afirma:

La lengua es animal marino: mora en una cueva húmeda pertrechada, en la parte frontal, por un a veces hermético cerco de dientes. Debo agregar que la lengua es un animal marino habitualmente pacífico. Suele inquietarse, durante el día, en tres momentos claves correspondientes a actividades específicas: cuando el ser humano come, habla y emprende efusivos lances eróticos. Entonces este pacífico animal, con forma de cucurucho, se solivianta. (...) Con la lengua distinguimos sabores, componemos palabras y excitamos zonas erógenas. Es, por esto, un instrumento útil, sabio y placentero.

Si eso y más puede decirse sobre la lengua, asimismo podemos imaginar lo vasto que es el conocimiento sobre los ojos, las orejas, la nariz, las cejas, las pestañas, y todo lo que les atañe como el estornudo, los mocos, el ronquido, las lágrimas, etcétera, hasta llegar al centro donde se ubica el órgano que reúne con su liderazgo a los sentidos: el cerebro, siempre el cerebro, y la cabeza de la que se describen en este libro muchas históricas pérdidas debidas a la decapitación.

*Los ojos de la Medusa*, el más reciente libro de Gilberto Prado Galán, confirma por enésima la ya larga y solvente permanencia del admirado GPG en las grandes ligas de la ensayística literaria nacional. Y no olvidemos que él, que su feraz cerebro, es de aquí, de La Laguna.



## Gilberto Prado Galán

¿Qué razones te llevaron a radicar fuera de La Laguna?

La sed ingente de una experiencia internacional. Conocer otras culturas, otras cosmovisiones, otras formas de estar en el mundo.

¿Qué encontraste fuera de La Laguna?

Distintos modos de concebir la experiencia estética. Si fincamos nuestra respuesta en el espectro analógico, y miramos el oficio de la literatura como si fuese deporte profesional, es posible decir que casi siempre los jugadores cuajan más si se hombrean en canchas múltiples y, si me apuras, internacionales. Hay, sin embargo, numerosas excepciones; Cintio Vitier o George Brett (veinte años en los Royals) por ejemplo. Imagino a Sócrates en Atenas y a Kant en Königsberg: supergarbanzos. Ni todo el que sale mejora ni todo el que se queda empeora. Además el verdadero viaje siempre es interno, hacia la médula de uno mismo.

¿Cuál ha sido tu trashumancia?

Oaxaca-Las Cruces, Nuevo Mexico-Madrid-Ciudad de México.

¿En qué trabajas actualmente?

Fui hasta hace poco director de Difusión Cultural de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México. Ahora soy

---

Entrevista incluida en el libro *Solazos y resolanas. La comarca vista desde fuera por laguneros de palabra*, Jaime Muñoz Vargas, Gobierno del Estado de Coahuila, Saltillo, 2015, pp. 321-324.

maestro en la misma universidad y colaborador de varias publicaciones.

*¿Cuáles son los logros más significativos que has obtenido fuera de La Laguna?*

La inclusión como miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte. La pertenencia al Club Internacional de Palindromistas con sede en Barcelona. La publicación de *Fragmentos del asombro*, la coordinación de una sección de poesía «Dialéctica del caos» en la revista *Fahrenheit*, la coordinación de varios números monográficos sobre poesía mexicana en España (revistas *Insula* y *Atlántica*) y de antologías (*El otro medio siglo: poesía iberorrománica*) publicada en Galicia, entre otros logros.

*¿Cuáles son las mayores frustraciones que has sufrido fuera de La Laguna?*

Hay razones del estómago que la razón no entiende: no encuentro el sabor de la comida lagunera en ninguna parte: tacos La Joya, gorditas La Pestaña, Burritos Don Chuy, la discada, la carne asada y las hamburguesas.

*¿Allá tienes o has tenido convivencia con laguneros? ¿Qué tipo de relación?*

Sí, siempre hay un imán que posibilita las atracciones naturales entre los laguneros. Aquí somos pocos, pero nos reunimos con cierta frecuencia. Apenas el domingo pasado convivimos en casa Leticia Santos, Javier Prado Galán, Édgar Valencia y Fernando Fabio Sánchez.

*¿Qué contacto familiar o profesional mantienes con La Laguna?*

Estupendo. Me invitan a colaborar en revistas, a presentar libros, a dar cursos, conferencias o charlas informales. Nunca es sano cortar el cordón umbilical de manera drástica. Siempre anoto mi origen, mi lugar de procedencia, en

los libros que publico. En alguna zona de una novela que proyecto digo que, en rigor, somos matricenses (porque el origen físico siempre es la matriz). ¡Qué curioso!: nací en una matriz protegida por un Torreón.

*¿Qué es lo que más recuerdas de La Laguna?*

La comida.

*¿Qué es lo que más extrañas de La Laguna?*

La carne en todos los sentidos que la palabra convoca.

*¿Qué es lo que más detestas de La Laguna?*

Pues casi nada: siempre los defectos, pasados por el tamiz del afecto, de la persona y del lugar amados, son prescindibles e, incluso, admirados. Hay cientos de canciones cursis que incluyen la frase «amo tus defectos».

*¿Tienes la intención de regresar o tu salida es definitiva?*

Siempre regreso (en el imaginario), siempre quiero regresar (en la evocación permanente), y regresaré algún día a la ciudad del anagramático retorno (Torreón). Son las mismas letras de Torreón las de retorno.

*¿Hay algún detalle que sepas que es muy lagunero y que te hayan resaltado las personas con las que convives donde estás?*

Sí, sí, sí: el indeclinable amor al Santos Laguna (sigue latiendo).

*Cuando vuelves, ¿te dicen los laguneros que ya traes acento o costumbres ajenas? Si eso se da, ¿cuál o cuáles son esos rasgos?*

Dicen que incluso he cambiado mi manera de bostezar. Me parece que es una necesidad, acaso un instinto, de potenciar el arraigo: esto de descubrir matices distintos en conductas, actitudes y costumbres, acaso aprendidas en Torreón y estimuladas hacia un desarrollo pleno en otras latitudes.

*¿De qué manera el hecho de habitar lejos de La Laguna ha definido o disuelto tu identidad de lagunero?*

Acá, en la ciudad de México, dicen que es indisimulado mi acento norteno. La *nortinidad* incluye gustos gastronómicos, forma de hablar, pautas de relación con los otros (una franqueza irrestricta) y apertura en el abanico de las relaciones sociales. La principal característica de la identidad lagunera, *velis nolis*, es el amor desbordante por el heroico equipo Santos Laguna.

*En términos gastronómicos, ¿qué platillo(s) extrañas de aquí y qué te gusta de allá?*

Ya lo dije: son tantos y tan variados.

*¿Cómo es la gente con la que has convivido fuera de La Laguna?*

Hay de todo, como en botica.

*¿Te ha sido difícil entablar amistad con las personas de allá?*

No. Sembré amigos en Oaxaca, en Estados Unidos y en España. Y ahora tengo un grupo de amigos aquí en la ciudad de México. Nos reunimos en el Covadonga o en el Tío Luis.

*¿Tenían de ti algún prejuicio como lagunero?*

En España siempre decían: «México lindo y querido», cuando revelaba mi identidad. En Estados Unidos persiste la ambivalencia respecto de los mexicanos en general, pero en Ciudad Juárez (ciudad que frecuentaba cada quince días para cargar cerveza mexicana) quieren muchísimo a los laguneros. Me consta.

*¿Qué le podrías recomendar al escritor que no ha salido de La Laguna?*

Que, si no sale, viaje más hacia sí mismo. Siempre privilegio la introspección/introdisea sobre los viajes largos y cansados. Es posible reescribir, desde La Laguna, *Otro viaje alrededor de la alcoba*.

*¿Eres feliz allá?*

Si la felicidad es un ente abstracto producto de extrañas

combinaciones vitales, puedo decir, sin presunción y sí con temor, que soy feliz en plenitud (amor, familia, amistades, literatura, desarrollo profesional, salud, dinero, viajes, libros, comida): puedo permutar, sin riesgo, estos factores en sutil coctelera y obtendré un resultado más que decoroso, incluso envidiable. Por eso decía que tengo temor: porque en esta vida el bienestar siempre es un animal amenazado.

*Si se pudiera elegir, ¿dónde te gustaría morir?*

El lugar es lo de menos. Me gustaría morir cerca, muy cerca, de quienes me quisieron.



## Memorioso de triunfos y caídas

Es difícil ponerse al margen del asombro provocado por la caída más estrepitosa en la historia de la selección brasileña en un Mundial. Ciertamente que el Maracanazo fue una tragedia, pero ahora que lo pienso con más calma, lo de ayer estuvo peor. En 1950, Brasil perdió y el país quedó inundado de lágrimas, pero el juego no quedó definido sino hasta el silbatazo final luego de que en el minuto 34 Alcides Ghiggia, quien todavía vive para contarlo, marcara el segundo tanto charrúa en la puerta de Barbosa. Lo de ayer, en cambio, quedó resuelto de manera brutal en el minuto 30 del primer tiempo, cuando Alemania ya había cosechado un racimo de cinco goles. Sea como sea, lo cierto es que ayer vimos uno de esos momentos inolvidables, por venturosos o por trágicos, del deporte mundial, de esos que los comentaristas del futuro no dejarán de recordar.

Como esos comentaristas del futuro es actualmente el escritor torreonense Gilberto Prado Galán, un apasionado del deporte que además es un destacado poeta y ensayista y un memorioso con incuantificables gigas en la mente. Gracias a tantos talentos acumulados, no hay sobremesa en la que no despliegue un cúmulo de datos deportivos, los mismos que poco a poco ha ido publicando en la prensa mexicana y después sirvieron para articular un libro imprescindible

---

Publicado en la columna "Ruta Norte" del diario *Milenio Laguna* el miércoles 9 de julio de 2009.

en la biblioteca de cualquier deportólogo bien nacido: *Sobre héroes y hazañas* (Cal y arena, 2011).

Digo imprescindible porque Prado Galán logra hazañas textuales con esa prosa de poeta y ensayista puesta al servicio del comentario deportivo. *Sobre héroes y hazañas* no está dedicado por completo al fútbol, pero su primera estancia es grande y contiene 17 estampas relacionadas con este deporte. Las otras fueron dedicadas a la tauromaquia, el beisbol, el olimpismo, el ciclismo, el montañismo, el automovilismo, el boxeo y otros deportes. Las más amplias secciones son la del fútbol y la del box, los deportes que más atrapan la atención del autor y, creo, de la mayor parte de los mexicanos.

El procedimiento del libro está enunciado en el título: en ágiles instantáneas, Prado Galán nos cuenta la vida de algún deportista señalado. Por supuesto, hace énfasis en los logros, aunque jamás pasa por alto las caídas, los fracasos, las frustraciones, pues si algo tiene el deporte, como lo vimos ayer con Brasil frente a Alemania, es una poderosa capacidad para crear héroes, hazañas y desastres casi de un día para el otro.

En el apartado futbolístico del libro, el autor observa al Chicharito Hernández, a Luis Suárez (sí, el mismo que hace unos días atestó de mordelones memes el universo de las redes sociales), Totó Schillaci, el Loco Abreu, Lev Yashin, Christian Chivu, Horacio Casarín, el Loco Houseman, René Higuita, Enrique Omar Sívori, Antonin Panenka (el de los penales con vaselina), Tostao (el secuaz de Pelé en México 70), Emmanuel Sanon (el mejor haitiano de la historia), Roberto Baggio y dos textos más, uno sobre México y Argentina y otro sobre hermanos que han jugado juntos en ligas y en selecciones.

La formación ensayística de Prado Galán le permite manejarse en la opinión deportiva con creatividad. Sabedor, y sabedor a fondo, de que es la originalidad del punto de vista el fuerte de todo acercamiento crítico, trátase de deporte o de literatura o de política o de lo que sea, el escritor lagunero accede a cada personaje para iluminarnos alguna zona poco o nada explorada de su biografía.

Por esto, *Sobre héroes y hazañas* (título, claro, con resonancia sabateana) no es un libro más en la ya amplia bibliografía de GPG. Por su fresco tratamiento del deporte, por los datos que destaca y por la emoción que trasuda, lo coloco incluso entre sus mejores títulos, lo que no es poco decir.



## Libro del mapa humano

El filósofo Pedro Yereña dice que dicen de él que es un libro abierto y ya escrito, y agrega que a tal afirmación no hagamos caso, que nada es cierto. Me atrevo a contradecirlo, y más: todos, por el solo hecho de existir, somos libros abiertos donde no sólo mucha gente ha escrito, sino, de entrada y desde que habitamos el microcosmos uterino, donde la misma naturaleza nos redacta hasta convertirnos, modestia aparte, en la máquina más sofisticada entre todas las que pueblan la cáscara de este melón llamado Tierra.

Algo, o más bien mucho, hay sobre esto en *Mapa del libro humano*, producto bibliográfico más reciente de Gilberto Prado Galán (Torreón, 1960). El ensayista, un ensayista que sí escribe muy bonito, continúa y magnifica de algún modo lo realizado en *Los ojos de la Medusa*: explorar con poesía y erudición, con erudición y poesía que nunca dejan de darse la mano, el laberinto del humano ser, la nomenclatura y el

---

Publicado en la columna “Ruta Norte” del diario *Milenio Laguna* el sábado 11 de marzo de 2017. Leído poco antes, el 7 de abril de 2016 en la presentación de *Mapa del libro humano* (Axial-Arteletra, México, 2015, 164 pp.). Se celebró en el auditorio del Museo Regional de La Laguna, Torreón. Participé junto a Gilberto Prado Galán y en la misma mesa fueron presentados, también de la colección Axial-Arteletra, *En los signos luminosos de tu cuerpo*, de Pablo Arredondo, y *Moradas diez éticas*, de Javier Prado Galán, este último comentado por Salvador García Cuéllar.

valor real y simbólico que tiene cada parte del organismo que nos constituye.

La tarea, por supuesto, no es sencilla, pues si hay algo complejo entre lo complejo es lo que somos y el sentido que damos a lo que somos. Esta inverosímil complejidad del *homo sapiens* ha demandado siglos de observación, miles y miles de horas hombre para dar, sin que el misterio haya sido revelado por completo, con la verdad absoluta sobre el funcionamiento del engranaje vital. El avance durante los siglos cercanos ha sido portentoso, es verdad, tanto que ya es posible, por ejemplo, curar enfermedades inauditas y, algo todavía más apabullante, xerografiar, clonar al ser humano con todas las implicaciones éticas y demográficas que esto conlleva.

Prado Galán, fascinado desde siempre por el funcionamiento de la máquina, suma aquí, pues, dos aproximaciones a la fachada y a los interiores de la criatura que somos. Las ha cristalizado, como ya dije, desde una perspectiva literaria, irrenunciablemente poética, sin descuidar el fondo de conocimiento profundo que caracteriza a los ensayistas de mejor cuna.

Como en *Los ojos de la Medusa*, en *Mapa del libro humano* avanza a trancos cortos, gambetea, para el balón y sigue con su dominio del asunto sin dejar de darnos la impresión de originalidad —axial en el ensayo—, como si cada parte del cuerpo guardara secretos que nos son revelados por primera vez, como si fuéramos acompañados por un guía en la ciudad que habitamos pero ya no vemos: nuestro propio cuerpo.

Maliciosamente, inteligentemente, la metáfora global de esta obra se halla cifrada en el título. Prado Galán no piensa en el cuerpo humano como un cuerpo, pues eso es dominio

casi exclusivo de la ciencia médica, sino como un libro. Lo que hace entonces, casi en sentido estricto, es reseñarnos ese libro, mapearlo, trazar las coordenadas que nos permiten apreciar el valor literario atañadero al arsenal lingüístico de la anatomía y la belleza que hay en la descripción de las funciones propias de cada uno de nuestros recovecos externos y recónditos.

El resultado salta a la vista: paseamos la mirada y el entendimiento por nosotros mismos, reconsideramos el valor de nuestra arquitectura, nuestro mobiliario y nuestro cableado, y nos solazamos con la opulencia del saber gilberteano siempre aderezado por un sentido del humor elegante hasta para citar giros populares. No es, como podría pensarse hasta ahora, un recuento poetizado sobre secciones aisladas del organismo, sino un pespunte entre esas partes y su razón de ser. El detonante de la reflexión es, en más de un caso, como bien lo ha notado Héctor Orestes Aguilar, prologuista, cierta palabra a todas luces rara, técnica, ajena al vocabulario habitual. Un caso para mi ejemplar, aunque en todas las estampas late este sistema, es “Un rinoceronte en la cama”, instantánea dedicada al ronquido. La palabra que aquí mueve el pensamiento del autor es punto menos que espectacular, un racimo de letras que en teoría debemos pronunciar de corridito. Notemos en la cita lo que he advertido: ubicación física del objeto, función específica y palabra o palabras detonantes:

El ronquido es, según dicen los que saben, el sonido que se produce al paso libre del aire a la nasofaringe. Y sus causas son de naturaleza variopinta: el alcohol, la comida antes del sueño, el cigarro, el sobrepeso o las salidas de tono de la úvula o del velo del paladar. Llegué al asombro del ron-

quido por la vía de una palabra kilométrica, que retuvo mi atención de inmediato: uvolopalatofaringoplastia, vocablo teratólogo, de 25 letras, que por supuesto ha sido expulsado de la cárcel de los diccionarios.

Dividido en dos grandes predios (“Extramuros” e “Intramuros”), la suma de estampas sobre las diferentes partes del cuerpo humano, sus modos de accionar, similares y conexos, es también kilométrica: 95, si no computo mal. A esto hay que añadir el prólogo ya mencionado y tenemos de cuerpo entero un *tour* al país de carne y hueso que somos, a las regiones de la nariz, del oído, de la garganta, de las axilas, de los pies, y también a las provincias de la próstata, de los pulmones, del hígado, de los intestinos y demás etcéteras siempre orientados por el sextante de un ensayista que, sin necesitarlas ya, sigue dando pruebas de su mandona pericia a la hora de usar, por cierto, el más fértil territorio de nuestro cuerpo: el cerebro.

Felicidades a Gilberto por estas veinte mil leguas de viaje al centro y al exterior de lo que somos.

COMARCA LAGUNERA, 7, ABRIL Y 2016

## Gilberto Prado Galán, amigo

**F**rancamente no sé cómo expresar mi consternación ante la muerte de Gilberto Prado Galán (Torreón, 20 de septiembre de 1960-Ciudad de México, 21 de octubre de 2022). Luego de recibir la mala nueva sentí entrar a un mundo irreal, como si migrar a una fantasmagoría me alejara de la noticia contundente, cierta, de que mi amigo ya no estaba con nosotros. Apenas si necesito decir que en este momento me cuesta articular unas líneas que en verdad puedan comunicar lo mucho que lamento su partida.

Gilberto fue, desde 1984, uno de mis amigos más cercanos. La primera imagen que retengo de él es extraña: lo veo delante de mí, listo para descender del camión (verde) Torreón-Gómez-Lerdo. Yo también bajaba en ese punto, cerca del Iscytac. Gilberto iba en su último año de la carrera de Psicología, yo en el primero de Comunicación. No nos saludábamos, nadie nos había presentado, pero yo lo veía porque siempre que coincidíamos en el “jet de la pradera” él leía y leía libros que yo sabía literarios, de Austral o de Porrúa. Para entonces yo intuía que la literatura era (quizá) mi vocación, así que ver a un tipo de la universidad con libros de literatura era forzosamente llamativo.

Luego se dio una venturosa casualidad. Por flancos distintos, varios alumnos le pedimos a Saúl Rosales que formáramos un taller literario. Saúl accedió a ser nuestro má-

---

Publicado en la columna “Ruta Norte” del diario *Milenio Laguna* el sábado 22 de octubre de 2022.

nager y un sábado del 84 tuvimos la primera reunión del grupo literario que luego pasaría a llamarse Botella al Mar. Allí conocí a Gilberto, y apenas lo escuché hablar tuve la impresión de que estaba delante de un tipo que ya lo había leído todo, y eso que apenas sumaba 24 años.

La amistad de Gilberto tuvo una importancia capital, aunque indirecta, en mi formación. Como me he hecho en el autodidactismo, a la intemperie, oír a Gilberto, y sobre todo leerlo, era un acicate. ¿Cómo es posible que alguien que apenas me lleva cuatro años sepa infinitamente más que yo? Me hacía esta pregunta y en lugar de envidiar, en lugar de rumiar estériles mezquindades, leí con más empeño, me hice a la idea de aprender todo lo posible para estar a la altura de la conversación provocada por Gilberto, y de escribir con decoro, para también en eso no quedar tan a la zaga.

Cada vez que salía el tema, cada vez que alguien me preguntaba algo sobre la literatura lagunera o sobre mis amigos o mis conocidos escritores de aquí o de donde fuera, yo decía lo mismo, y lo mismo seguiré diciendo pues ya no tendré oportunidad de volver a la juventud para experimentar el asombro que me provocaba Gilberto Prado Galán. Él fue, repito lo que he dicho muchas veces, lo más cerca que he estado de la genialidad literaria. Su facilidad para escribir era, a un tiempo, brillante y torrencial, una destreza que se le daba con la naturalidad de la respiración. Siempre cultivó un timbre barroco, un timbre que le cuadraba muy bien porque tenía la mente llena de referencias literarias, filosóficas, teológicas, lingüísticas, política e históricas, lo que acompañaba de manera espléndida con un lujoso dominio de la lengua y del estilo. Ahora bien, cuando uno afirma que Gilberto era un pozo de saberes no debemos pensar en un

sujeto adusto, en un *nerd* al uso, encerrado en su laberinto de ideas. No. Gracias a su muy hospitalaria memoria, Gilberto podía improvisar una conferencia de dos horas sobre Giordano Bruno e inmediatamente, en la cena de celebración, sin solución de continuidad, enumerar a los campeones de bateo, las marcas que batió Mark Spitz o la letra completa de un *hit* interpretado por Los Terrícolas. Nada, ningún conocimiento se le negaba, fuera de la alta cultura o de la cultura popular. Sé que sabía que sabía mucho, pero nunca fue vanidoso ni atropelló a nadie con sus capacidades. Al contrario, fue en todo momento un tipo sencillo, un buen amigo, un hijo noble, un hermano cariñoso, un excelente padre y esposo, un hombre que sabía darse y reír, reír mucho y de todo, siempre. Sospecho que no lo hemos leído bien, y que nos deja varios libros luminosos, dignos de perduración, y a mí la sensación de que alguna vez fui amigo de un genio.

En un ensayo breve sobre el Botella al Mar escribí sobre el grupo en general y sobre mis compañeros en particular. Sobre Gilberto observé esto (con perdón por lo largo de la autocita):

Gilberto Prado Galán, lo he dicho y escrito desde que lo conozco, fue siempre el más adelantado, un genio vivaz y memorioso, un dechado de humor inteligente y una sensibilidad poderosamente dotada para el manejo de la palabra más profunda y bien escrita. Retengo con toda claridad la primera impresión que me provocó y las sucesivas impresiones que siguió y sigue provocándome: a los 24 años parecía haberlo leído todo y, más que eso, parecía que todo lo almacenaba incluso textualmente en el portento de disco duro con el que fue equipado. Citaba poemas completos

de los autores más diversos, recordaba pasajes completos de filósofos, teólogos, psicólogos, lingüistas, escritores, y todo eso lo aderezaba con un registro pormenorizado de canciones populares, calambures y datos jocosos de la farándula y el deporte. Jamás le leí una cuartilla hueca o contrahecha, y alguna vez aseguré que el Botella al Mar estaba cabalmente justificado con la pura presencia de Gilberto. Creo, más de treinta años después, que no me equivoqué. El Gilberto geniecillo que conocí en 1984 es ahora un escritor maduro, respetado y atestado de justo reconocimiento.

No creo haberme equivocado. La obra publicada de Gilberto queda como testimonio del gran artista que la creó.

## Dos libros de Gilberto Prado

Sé que en este momento tenemos disponibles en La Laguna dos libros de Gilberto Prado Galán. Los demás, los muchos demás, o se han agotado o nunca fueron distribuidos por acá. El más recientes, y el último editado en vida del autor, es *Ella era el jardín*, que acertadamente acaba de publicar el Instituto de Cultura y Educación de Torreón. El otro es *Para leer El Aleph*, publicado hace tres años por la UANL y la Ibero Torreón. Tuve la fortuna de editar este segundo, lo que me mantuvo en intensa comunicación con Gilberto durante varias semanas en 2019.

A ciertos libros cuya edición cae en mis manos les escribo la contratapa sin firmarla. Eso es muy común, parte de la chamba. En el caso del libro sobre el libro más famoso de Borges, Gilberto me pidió la firma, y así convidé a los potenciales lectores:

Borges es desde hace décadas, sin duda, el escritor latinoamericano más atractivo para la crítica, y a diferencia de otros creadores sepultados o casi sepultados por el olvido, su obra sigue convocando asedios cuya onda expansiva no acata bordes. Escritores, lingüistas, historiadores, científicos, matemáticos, antropólogos, profesionales y no profesionales de las más diversas disciplinas han en-

---

Publicado en la columna “Ruta Norte” del diario *Milenio Laguna* el miércoles 26 de octubre de 2022.

contrado en las hermosas y eruditas páginas del argentino un océano de significados y referencias cruzadas, precisamente un laberinto al que resulta muy difícil no ingresar. El imán borgeano es, pues, poderoso, y uno de los lectores mexicanos que con muy buena disposición ha cedido a la tentación de indagarlo es Gilberto Prado Galán (Torreón, Coahuila, 1960), quien hacia 1999, en el centenario del maestro, publicó *El año de Borges*, y ahora, en el aniversario setenta de la primera edición de *El Aleph*, propone *El ancla y el mar*. En ambos casos, nuestro ensayista ha explorado con agudeza los cuentos de Borges, esos microcosmos en los que parecen converger todas las realidades posibles. Imagino que, guiado por las observaciones y la espléndida prosa de Prado Galán, el lector de *El ancla y el mar* deseará volver a los relatos de Borges, del infinito Borges.

En su breve prólogo, Gilberto apunta el origen y el propósito de su libro:

En 1999 se publicó *El año de Borges*, libro de mi autoría que comprende doce ensayos acerca de sendos cuentos del autor de *Historia de la eternidad*.

Tras la muerte de mi eterna compañera Leticia empecé la relectura de *El Aleph*, obra central de la narrativa universal y uno de los diez libros más importantes del siglo pasado. En *El año de Borges* comenté tres cuentos de *El Aleph*: ‘El inmortal’, ‘La escritura del dios’ y el cuento epónimo. Sé que el propósito de este libro es abrir de otro modo la puerta a un mundo literario tan insólito como deslumbrante. Sólo pretendo, como Luis Cardoza y Aragón en su acercamiento a José Clemente Orozco, ‘prolongar la felicidad de lo leído’. Algo más: en el umbral de *El oro de los*

*tigres* (1972) despunta el poema “Lo perdido”, y en la zona más acendrada del texto, la segunda pregunta: ‘¿Dónde estará el perdido/antepasado persa o el noruego,/dónde el azar de no quedarme ciego,/dónde el ancla y el mar, dónde el olvido/de ser quien soy?’. El ancla y el mar es una expresión correlativa y sinónima de la moneda de hierro. ¿Por qué? Porque el ancla (hierro) es el destino, y el mar (por impredecible y veleidoso) es el azar. Las dos caras de la moneda de la existencia que es el intolerable Zahir que es asimismo un laberinto cuya salida es azarosa o gobernada por secretas o precisas leyes, como escribió el poeta en ‘In memoriam A.R.’. A esta peculiaridad disyuntiva o concomitante de la suerte y la causalidad a veces unimismadas obedece la elección del título del libro.

Ofrezco mi lectura de *El Aleph* de Jorge Luis Borges (Losada, 1949), libro que en 2019 habrá de cumplir setenta años de ser publicado por primera vez.

Este libro está disponible en la Ibero Torreón y en El Astillero Librería. Para conseguir el otro, *Ella era el jardín*, hay que preguntar con la maestra Nadia Contreras en las oficinas del IMCE.



## Índice

Presentación. Exhumación de su imagen | 9

*El misterio y su lámpara*: glosa al viaje poético del búho | 13

Arte para servilletas | 21

*Minas y teodolitos*: oro e ingeniería de siete poetas | 25

Fulgores del asombro | 29

Colección de Arteletra | 35

Prado Galán con Carlos Fuentes | 39

Exhumación de un poemario: el primer libro

de Gilberto Prado Galán | 43

El bato notable | 51

Sorberé cerebros, orbe palindrómico | 57

El género tuitero de Gilberto Prado Galán | 61

Andadura del Botella al Mar | 65

Inteligencia lúdica en *Los ojos de la Medusa* | 75

Gilberto Prado Galán | 81

Memorioso de triunfos y caídas | 87

Libro del mapa humano | 91

Gilberto Prado Galán, amigo | 95

Dos libros de Gilberto Prado | 99

*Gilberto Prado Galán: exhumación de su imagen*, libro de Jaime Muñoz Vargas, es una edición de autor impresa en diciembre de 2022. Su tiraje constó de cien ejemplares.

---

**G**racias a la supervivencia de lo que he escrito sobre Gilberto puedo ofrecer hoy estas páginas, racimo de textos que cubre un arco de 25 años. Apenas debo señalar que, dadas las circunstancias que les dieron origen, estos párrafos son bocetos, puntos de partida para más y mejores acercamientos a la obra de nuestro llorado poeta y ensayista.



**JAIME MUÑOZ VARGAS** nació en Gómez Palacio, Durango, en 1964, y reside en Torreón, Coahuila, desde 1977. Actualmente es responsable del Centro de Difusión Editorial y maestro de la Ibero Torreón. Entre otros libros, ha publicado las novelas *El principio del terror*, *Juegos de amor y malquerencia* y *Parábola del moribundo*; los libros de cuentos *El augurio de la lumbre*, *Las manos del tahúr*, *Monterrosauro*, *Ojos en la sombra*, *Leyenda Morgan* y *Grava suelta*; y los libros de periodismo *Tientos y mediciones*, *Solazos y resolas*, *Callejero gourmet* y *Entre las teclas*, además de haber sido incluido en numerosos libros colectivos como la antología *La otra mirada*, publicada en Palencia, España; *Historias de camiseta*, en Perú; y *Cuaderno Laprida*, en Argentina. Ha ganado los premios nacionales de Narrativa Joven, de novela Jorge Ibargüengoitia, de cuento de San Luis Potosí, de narrativa Gerardo Cornejo y de novela Rafael Ramírez Heredia. Reseñas y artículos suyos han aparecido en periódicos y revistas de México, España, Argentina, Chile, Colombia y Uruguay. Desde 2005 escribe la columna “Ruta Norte” para el diario *Milenio Laguna* y mantiene actualizado el blog [rutanortelaguna.blogspot.mx](http://rutanortelaguna.blogspot.mx)

ISBN: 978-607-69789-6-2